



Dirección: Purpleknight
Producción: Kojiro Mibu, Dreiver,
Purpleknight, Vortex, Silence, GES,
Alberto Minamoto, RonSnow, Gigi,
X. Nagrien.
Diseño y Edición PDF: Estigia.
Publicidad: Germaine.
Distribución Online: Adan.

One Shots

“Asimbolia”
Por Gigi

Nuevos Fics

Pet Shop of Horrors
Por X.Nagrien

Contenido

Solamente para tus ojos - “Second View”
Por RonSnow

El monte cristalino - “Represalia”
Por Purpleknight

Pokémon: Te elijo a ti - “Un vínculo inquebrantable”
Por Alberto Minamoto

Fate/Excelsior - “Conversaciones incómodas”
Por Vortex

Vampires & Zombies in Fearland - “El Vampiro gourmet”
Por Dreiver

Bleach Samsara - “Cherry Flavor Midnight”
Por Silence

Fate/Inferno - “Landing”
Por GES

Este mes descansan...

Star Wars: La saga de Darth Morgul
Por Kojiro Mibu

ÍNDICE

Pet Shop of Horrors: Prólogo	03
Pet Shop of Horrors - "A"	05
Solamente para tus ojos - "Second View"	09
El monte cristalino - "Represalia"	12
Pokémon: <i>Te elijo a ti</i> - "Un vínculo inquebrantable"	24
Fate/Excelsior - "Conversaciones incómodas"	30
Vampires & Zombies in Fearland - "El vampiro gourmet"	38
Bleach Samsara - "Cherry Flavor Midnight"	49
Fate/Inferno - "Landing"	57
One Shot: "Asimbolia"	63

PET SHOP OF HORRORS

PRÓLOGO

En las noches del Barrio Chino es fácil perderse entre tanta fruslería. El aire adquiere gracias al olor de la comida una consistencia densa, como de ente viviente y pensante. Los visitantes vagan por las calles, hipnotizados por el juego de luces de neón que se moldean para bautizar las diversas tiendas en las que la concurrencia gasta su dinero. Medallones, porcelanas, dinastías de imitación, dragones de papel, amuletos de la suerte, budas sonrientes, uno que otro afiche de cierta estrella del kung-fu; todo es un lugar común. Excepto un solo comercio.

En un recodo bastante extraño, al cual según una leyenda urbana nada más se podía llegar si aquello que llamamos alma se daba por perdido, se edifica un comercio cuya fachada adquiere un aspecto bastante corriente. Un pailu daba la bienvenida a un recinto bastante discreto, de hechura arquetípica oriental. Vista desde afuera la edificación no parece tener un tamaño considerable y bien podría confundirse con un restaurante o con una de tantas tiendas de recuerdos que abundaban en el barrio. Una vez que alguien entra a ella, se podría decir que la percepción espacial humana se ve alterada. Todo cuanto se podría sospechar de la edificación desde el exterior desaparece al entrar. Los pasillos se tornan largos y laberínticos, y las delicadas cortinas de encaje siempre brindan, día y noche, una penumbra que desaparece a retazos bajo el efecto perenne de la luz de las velas. Un humo como de sahumerio carga el ambiente de gran parte de los recintos de aromas y sentidos exóticos, y su densidad le da un halo de misterio a seres que ya de por sí eran extraños, que no querían ni debían ser vistos si no se les requería para alguna necesidad particular.

No se podría atrever uno a decir que estos seres, cuyos murmullos animales en casi toda ocasión asustaban al incauto, se ocultaban, sino más bien todo lo contrario. Quienes llegan, emprenden contra sí mismos una lucha contra sus propios sentidos, acostumbrados a la cotidianidad de una vida rutinaria, para aceptar el cúmulo de extrañezas que de repente se les revelan. Era durante esta lucha donde las criaturas tenían formas crípticas, y cuando la realidad, una nueva realidad, se imponía a la fuerza, ya el cliente había sellado su destino firmando un contrato que variaba según lo que se adquiría, pero cuya omnipresente cláusula era la prohibición de revelar al mundo exterior lo visto dentro de las paredes de este comercio.

Sin embargo, apenas un cliente entraba, lo recibía, sentado en una silla bastante majestuosa, un individuo bastante particular. Todo lo ausente de vida que parecía estar su piel, pálida como el alabastro, hacía un contraste curioso con sus ojos, ambos vivaces y de diferentes colores: uno era amarillo y el otro era lila. Sus cabellos eran largos, lacios y de un color combinado entre el negro y púrpura, y las facciones de su rostro casi siempre expresaban en su semblante femenino una

cálida bienvenida a quienes entrasen en sus dominios. El verde tornasol del quipao de seda, cuyas telas tenían bordadas unas flores de loto, ya daba un indicio de las extrañezas de las cuales los visitantes serían testigos. Sólo era cuestión de que hablara para que todo diera inicio.

—¡Bienvenidos a la tienda de mascotas del Conde D, donde vendemos sueños y esperanzas! — decía el individuo, mientras sus finos labios pintados de negro regalaban al visitante una discreta sonrisa.

CAPÍTULO 1: A

Ella casi había sido la más puta de todas. Puta por gusto, puta por necesidad, puta por aburrimiento, puta porque no sabía hacer nada más. De niña su mejor amigo en un arrebatado de furia le llamó puta porque había roto su juguete preferido y, ¡quién lo diría!, el destino le había deparado ser una de las mejores en su oficio. Cuando alguien se refería a ella con algún término eufemístico, como “mujer pública” o “prostituta”, ya sea para defenderla como mujer o no faltar a nuestro Señor, ella reivindicaba su denominación y se hacía llamar “puta” a secas. Porque ser puta no era para ella un peyorativo, era el significado y el significante de su rol en el mundo.

Adquirió fama a través de una prestancia al libertinaje que no le hacía ascos a cualquier reto; se podría decir que Enmanuelle Blangis era la encarnación terrenal de una Venus corrompida por las más bajas pasiones humanas. Durante el ejercicio de su profesión incluso la mierda y ciertas bilis le eran familiares, por lo que el acto sexual ya era algo que a sus 45 años de edad había perdido casi toda la mística que poseía desde que lo practicó hace más o menos tres décadas por primera vez con su prima. Desconocía cuanto le sucedía, pero su coño era el único órgano que le procuraba una profunda comunicación con su alma, y ahora dicha comunicación estaba troncada por mucho que recurriera a diversas extravagancias orgiásticas y a su delicada habilidad en el onanismo. Por lo que nuestra Venus, como es de suponer, trataba de sobrellevar lo mejor posible su crisis de identidad; pero la verdad es que Enmanuelle empezaba a padecer consecuencias físicas y psicológicas de su desencanto con la vida. Nunca se caracterizó por ser demasiado introspectiva, lo cual acrecentaba su incertidumbre. ¿Acaso ya no era la puta que solía ser? Porque por mucho que jodiera con los demás (hombres y mujeres, feos y bellos, ricos y pobres) y ganara dinero haciéndolo, mientras no existiera el goce se consideraba incapaz de merecer el valioso título que la había enorgullecido por tanto tiempo.

Desde que Enmanuelle había perdido su furor uterino, se dedicaba a vagar por las calles cual alma en pena. A pesar de que deambular sin dirección alguna no la encontraba consigo misma, sí que la distraía y abría un mundo de posibilidades. ¿Quién sabe si de repente algún otro caminante despertaba sus pasiones tan repentinamente como se fueron? Y algo así sucedió, porque buscando un lugar donde comprar una galleta de la suerte en el Barrio Chino, entró por accidente en la tienda de mascotas del Conde D.

Enmanuelle aguzó su vista, pues dentro de la tienda era casi imposible ver algo gracias al velo blanco de humo oloroso que cubría el ambiente, para intentar encontrar el origen de la voz afeminada que le daba la bienvenida. Al cabo de unos minutos divisó a una persona larguirucha, que hablaba con parsimonia mirándola con ojos gentiles, pero bastante antinaturales, ya que cada uno poseía un color distinto; esta persona era el Conde D, regente de la tienda a la que nuestra Venus entró por error.

El Conde elogió la belleza de su visitante, y después de un rato la invitó a una habitación particular. Durante el trayecto Enmanuelle se vio a sí misma caminando a través de un laberinto donde en cada esquina sombras animales de las más variadas formas la escrutaban con fieros ojos rojos. A pesar de que la razón la invitaba a salir pirada del lugar, el Conde D desprendía un magnetismo tan animal como las criaturas que vivían en su tienda. Cuando llegaron a la habitación, Enmanuelle se sorprendió del contraste del recinto con el resto de la tienda: parecía que un pedazo de alguna tierra mediterránea, de esas donde crecen los olivos, estuviera pegada

de cuajo. El único techo que existía en el recinto eran las nubes. El aire que se respiraba estaba exento de todo vicio; sólo se olía, pero con menos intensidad, el humo del incienso que era omnipresente en la tienda.

—Señorita Blangis, sé cuanto la desencanta en estos momentos, o lo intuyo al menos. Ya habrá de suponer que la normalidad es ajena a este lugar, por lo que yo disto también de poseer tan ingenua virtud. Me ve usted joven, pero las apariencias engañan; y es el tránsito prolongado en este mundo lo que va transmutando lo que somos.

Enmanuelle se sentía extrañada, pero ya que no era muy locuaz dejó que el Conde D prosiguiera lo que sea que le estaba diciendo.

—¿Ve usted a este pequeñín de aquí? —preguntó el Conde señalando a una especie de ser rechoncho, amarillo y volador que no era ni conejo, ni gato, no murciélago, sino una combinación de todos estos animales—. Su nombre es Q, y aunque es posible que le pudiera parecer, además de irreal, un animalito risueño, ha visto y hecho más que usted y yo juntos.

—¿Cuál es su punto?

—Mi punto, señorita Blangis, es que, si bien usted es hermosa, es una desencantada, ha perdido algo y quizá aquí lo encuentre. Después de todo, usted me guió hasta acá, hasta este cuarto.

—¿Yo? Pero si usted... —empezó a decir Enmanuelle cuando se vio interrumpida.

—No, Blangis, yo en todo momento la seguí, no fue al revés. En este recinto está la mascota que le venderé. Le vendrá bien. Si cumple el contrato.

—¿Y qué le hace pensar que pagaré un centavo por esa pequeña... quimera alada y amarilla que reposa sobre su hombro? —preguntó Enmanuelle, molesta en interesada a partes iguales.

—Se equivoca en algo. Q es "mío", por así decirlo, y no es la criatura que le vendré. La criatura que me comprará es esa que reposa allá —dijo el Conde mientras señalaba una loma que se veía en lontananza—. El precio es accesible: usted me pagará con diez helados de yogur griego, y a cambio se llevará a su casa a ese sátiro, cuyo tatarabuelo tuvo por amos a un magistrado, a un obispo, a un presidente y a un duque, por lo que pedigrí no le falta. El contrato de esta criatura es simple: no debe enterarse nadie de su existencia; debe mantenerlo en espacios cerrados, preferiblemente con poca luz y sin ventanas; puede alimentar al sátiro con toda clase de alimentos, menos con a... —señaló el Conde acrecentando su seriedad, pero debido al embeleso de la Blangis al observar al sátiro no pudo oír con claridad la última y más importante advertencia.

—¿Qué sucederá si incumplo el contrato?

—Dependiendo de cuál cláusula se rompa, habrá una consecuencia determinada, ya sea la devolución de su mascota a mis dominios o su propia muerte. Sabiendo esto último, ¿está dispuesta a concretar la compra?

Enmanuelle ya pensaba al ver al sátiro en las extravagancias que podría experimentar junto a la criatura. Se sintió de nuevo en su elemento, y sin pensarlo mucho se hizo dueña de la criatura, a quien llevó clandestinamente a su hogar en Venice. Antes de irse de la tienda, hizo al Conde D una última pregunta.

—¿Alguna otra recomendación?

—Siempre encienda estas varas de incienso en la habitación donde viva su mascota. Así podrá verle como a sus extravagantes sentidos les plazcan.

El sátiro fue bautizado con el nombre de Dionis. Cuando Enmanuelle lo trasladó a su casa, fue recluido en un cuarto acorde a las características dictadas por el Conde en el contrato. Nada más en algo falló Enmanuelle durante los primeros tres días de su convivencia junto a su mascota, y fue en la recomendación que se le hizo sobre encender las varas de incienso en la habitación del pequeño Dionis, quien con sus patas de cabrito, su cornamenta en espiral y facciones toscas y

pueriles ofrecía una estampa graciosa y bucólica. Dionis no emitía palabra alguna. Cada vez que Enmanuelle le servía sus alimentos la miraba con desconfianza.

—¿Será que no te gusta lo que te sirvo, ah, pequeñín? —preguntó la Blangis en un intento de socializar con su flamante mascota. Le irritaba bastante que desconfiaran de ella. La desconfianza siempre le había molestado y nunca se había acostumbrado a la misma. El mundo siempre desconfía de las putas, con razones o sin ellas.

Entonces ideó una ligera extravagancia, incitada por los efectos del delicioso vino que había degustado minutos antes en su bar. Se bajó la falda y luego, con un movimiento ensayado en muchas jornadas de trabajo, se despojó de su siempre seductora ropa interior. Con los dedos índice y anular de su blanca mano diestra mostró a Dionis unos labios que no eran los de su boca.

—Vamos, esto seguro colmará las exigencias de tu paladar —dijo la Blangis con entonación burlesca—. Puedes servirte durante el tiempo que te plazca.

El semblante de desconfianza de Dionis pasó a ser un semblante de curiosidad. Enmanuelle se sentó en una butaca y abrió las piernas.

—¿A qué esperas, mi buen sátiro? Cómeme el coño, anda. Pero no muerdas, te lo advierto. Esta es la clase de comida que lames y chupas, como el helado que comiste ayer.

Dionis se acercó a su ama y empezó obedecer sus órdenes. Los primeros cinco minutos se alimentó con torpeza, como un niño que derrama la papilla que se intenta llevar a la boca. Luego de quince minutos ya comía casi como un catador profesional, lo cual alarmó a la Blangis, que no se esperaba para nada tal habilidad y cuyo clítoris empezaba a experimentar las sensaciones que habían desaparecido en su desencanto. Al borde de la descara y sumida en sutiles gemidos, Enmanuelle apartó al sátiro y se fue de sus aposentos. Había hecho de todo en su vida como puta profesional, pero hasta este momento no se había atrevido a cruzar el umbral de la zoofilia. ¿Aunque podría considerarse zoofilia si se follaba con una criatura que se suponía no debía existir, con un ser de mitología? Fue bajo este dilema donde encontró la débil justificación para actuar a sus anchas durante los siguientes doce días sin remordimiento significativo de conciencia.

Al comienzo del quinto día recordó encender las varas de incienso que el Conde D le había obsequiado. Consideraba al regente de la tienda una figura extraña, pero no por esto se arriesgaba a ignorar sus recomendaciones con una criatura de fábula como lo era Dionis. Sabía, gracias a Wikipedia, que los sátiros no solían ser un dechado de virtudes. Quizá el efecto hipnótico del sahumero podría mantener controlado a su mascota, así que se limitó a usar el regalo del Conde y a dar de comer con alimentos comunes y corrientes al sátiro. Al término de la noche, la Blangis entró en furor y pensaba en las cosas que haría en compañía de Dionis.

Cuando entró al sexto día a los aposentos del sátiro, creyó haber encontrado a otro ser, o (mejor dicho) a otra persona. Dionis lucía más crecido, con sus cabellos más lisos y alargados cuando antes eran rizados; su pecho se había tornado más fuerte; sus extremidades inferiores ya no era de macho cabrío, sino las de un humano cualquiera. El único rastro que le quedaba de su anterior aspecto eran unas puntiagudas orejas élficas y la cornamenta de espiral, ahora más densa y hecha de hueso reluciente.

Enmanuelle halló de nuevo el embeleso al observar la transformación de Dionis, a quien reconocía a pesar de los cambios al lunar en forma de sol que el sátiro tenía en su espalda. La tosquedad pueril de Dionis se había trocado en un aspecto que justificaría todo narcisismo. Sin embargo, Dionis seguía tan taciturno como siempre, y seguía tratando a su ama con curiosidad, mientras los deseos de la Blangis se dieron la tarea de verse satisfechos por el sátiro.

El séptimo día, Enmanuelle cogió por primera vez con Dionis.

Del octavo al undécimo día prosiguieron sus actos sexuales, incluyendo en estas prácticas sadomasoquistas donde Enmanuelle registró más orgasmos que golpes recibidos.

Los días duodécimo y décimo tercero incursionaron en algunos ejercicios sexuales donde la creatividad de la Blangis fue materializada mediante el uso de ciertas secreciones corporales. Enmanuelle descubrió en estos días que el semen de un sátiro puede tener propiedades curativas milagrosas, ya que las consecuencias físicas de sus prácticas recientes desaparecieron como por arte de magia.

Durante el transcurso de los días antes señalados, Enmanuelle y Dionis experimentaron una serie de cambios particulares.

Lo que había comenzado como un juego debido a la curiosidad u el hastío, se convirtió para Enmanuelle en una necesidad recurrente, una obsesión. Su sátiro la cogía cada vez mejor en cada jornada, y para ella, una mujer que entendía al sexo como su lengua madre, significaba algo más que el cosquilleo divino que sentía en el clítoris o el creciente tamaño de la verga de Dionis. Cuando durante el sexo, no lo hacía tanto por el paroxismo de la lubricidad que la embriagaba, sino por la alegría de haber encontrado al fin un compañero que hiciera algo tan simple como comprenderla. Dionis le chupaba el coño como nadie jamás lo había hecho, le hizo descubrir sensaciones en su lozano culo que no había sentido todavía y le devolvió de nuevo el interés por el coito, acto que había llegado a considerar un cliché bastante sobrevalorado. El sátiro nunca llegó a comunicarse con palabras, porque no las necesitaba para hablarle a su ama. Enmanuelle se sentía tan plena que durante el décimo cuarto día se dedicó a contemplar a Dionis y llegó a una fatídica conclusión.

Los cambios de Dionis eran de acentuado carácter físico. A medida que se hacía el objeto de las voluptuosidades de su ama y se tornaba el blanco de sus más cálidas y tiernas consideraciones, el cuerpo de Dionis crecía en estatura y fuerza; su rostro se hacía majestuoso y su estampa comenzaba a compararse a la de una deidad, una que mientras cambiaba se hacía más triste, porque comprendía cuanto iba a suceder. El décimo cuarto día Enmanuelle notó la tristeza de su sátiro, por lo que tomó una resolución que obedecía a lo que había dentro de sí misma.

El décimo quinto día Enmanuelle, al borde de éxtasis, mientras Dionis la follaba con un frenesí contenido (y, sin embargo, imparable) que hacía que sus sentidos no supieran distinguir entre el dolor y el placer, dijo algo que marcó el fin de sus días.

—Te amo —exclamó ruborizada, sin tener noción de que estaba incurriendo en la falta más grave al contrato de venta de Dionis. Se puede alimentar a un sátiro con todo, menos con amor.

Luego de expresar lo que venía experimentando desde hace días, Enmanuelle sintió dentro de sus entrañas algo que crecía en un vaivén delicioso. Hipnotizada por la lubricidad que la poseía, ignoró la sensación de dolor que recorría su vientre y llegaba hasta su estómago. El placer crecía a la par que el dolor. Su vida se estaba esfumando, pero el goce prosiguió. El amor también; estaba agradecido con el sátiro que la jodía ahora con un semblante triste en su cara.

Cuando la verga de Dionis atravesó a Enmanuelle desde la vagina hasta salir por la boca, ya nuestra Venus había muerto. ¿De placer? Sólo los dioses lo sabrían.



SECOND VIEW: THE DANCE WITH THE DEVIL/MAY LAST/FOREVER



Por: Rakim Woods

Para: Jermaine McKnight

Amigo,

No te sientas mal contigo mismo por mi culpa, yo elegí mi propio camino y yo me responsabilizo por mis acciones indebidas, tu solo intentaste tu mejor esfuerzo para que yo avanzara en mi vida, pero tristemente no todo en este mundo es una cerveza fría y la sonrisa de Lauryn sobre mi pecho en el mediodía.

Mi siguiente historia será más oscura y desesperanzadora. Verás, pasaba el inicio del milenio en *Chicago*, yo escuchaba "*Big Pimpin*" de *Jay-Z*, *Bun B* y *Pímp C* en la radio de mi *Toyota Corolla* mientras movía mi cabeza al ritmo de *Timbaland*, yendo para la esquina donde usualmente se reunía la pandilla, ellos por su parte escuchaban *Wu-Tang Clan* y sus miembros, otras veces *DMX*, en fin de año habían hecho casi explotar el club con el nuevo disco de *Jay-Z*, también estos eran tiempos de las consecuencias del *beef* entre las costas, así qué por más que las radios pasaran *Dr. Dre*, ellos lo apagaban y ponían *Nas* o *Outkast*, también había algunos jóvenes como *Eminem* y *Juvenile* dando vueltas, pero aún no se acostumbraban a sus sonidos tan característicos, sin embargo.

Llegó un joven a la esquina, nunca lo había visto, era de más o menos la misma edad que los *Hot Boys* cuando lanzaron *Get It How U Live!!*, pero no tanto como la de *Happy Perez* cuando produjo *My Balls and My Word*, viéndose como *Warren G* o un joven *Kanye West*, no lo recuerdo muy bien, pero la cosa es que ese niño tenía ambición, su padre lo había abandonado hace un rato, más o menos cerca del lanzamiento de *Nastramodus*, ese fue un terrible álbum, por cierto, peor para el chico, que había presenciado la ida de su padre alrededor de esa fecha.

Su madre, por otra parte, era una joven rehabilitada de la drogadicción, qué trabaja día y noche para que su hijo tuviese la mejor ropa, la mejor comida y el mejor grabador para escuchar *Notorious* posible, sin embargo, eso no era suficiente, y su hijo abandonó secundaria para vender narcóticos, basado en la maravilla que era pintada por *Snoop Dogg*, *Master P*, *Biggie* y *Jay* en sus álbumes, y se acercó a nosotros cuando todo fracasó.

La primera misión que se le encomendó fue ir al siguiente día a los asentamientos del vecindario de *Chief Keef* y *Lil Reese* con el objetivo de violar y matar a una mujer aleatoria de la elección del jefe, ni él ni nadie sabía lo que se le vendría, solamente quedaba esperar.

Al siguiente día, ellos condujeron a través de los asentamientos lentamente mientras estaba lloviendo, en una fría noche de invierno, fumando, bromeando, jugando a las cartas, hasta que vieron una mujer yéndose a casa sola, a las tres de la mañana, ellos salieron lentamente del auto y el la siguió, caminando a través de los asentamientos la oscuridad se la comió, levantaron la camiseta hacia su cabeza y la tiraron al suelo, el chico la agarró del cabello y la subió por las escaleras de un edificio abandonado hasta el techo húmedo y deteriorado.

La camiseta cubría su cara pero ella gritaba y arañaba, le decían que se callara y que no se moviera, hasta que el chico comenzó a golpearla, hasta romperle la mandíbula, esos hijos de puta sabían lo que hacían, la sangre resbalaba por su camisa, mientras ella lloraba en la cornisa, y entonces, procedieron a violarla violentamente.

El chico fue el primero, pero todos se turnaron, cojiendola y haciéndola forzosamente mamarsela a cada uno hasta que se ahogara y su garganta quedará quemada y ensangrentada, una mandíbula rota y manejada pedía clemencia a dios pero este no le escuchaba, cuando ellos terminaron estaba totalmente ensangrentada, quebrada y despeinada.

Uno de ellos sacó una pistola de veintidós milímetros, le dijeron que ella era testigo de su lucha y que si la mataba se merecía un lugar dentro de la pandilla, él agarró el arma, pero antes dudó, esa mujer estaba prácticamente muerta, pero él se sentía fuerte, con masculinidad alrededor de ella, así que dejo de dudar y no lo pensó, sin embargo, cuando le sacó la camiseta de la cara, ¡La sorpresa que le esperaba!, esa mujer era su propia madre, ella lo miró y lloró, porque él la traicionó, estaba llorando más fuerte que cuando la estaban violando.

Su entero mundo se detuvo, no pudo contemplar lo que la corrupción le hizo, sus lágrimas no se hicieron aguantar, y recordó, cómo su madre siempre trabajó para intentar darle un futuro, pero él no valía nada, ni un centavo tirado en el piso, el se alejó de la mujer que le dio la vida, miraba al cielo, con miedo, con una mirada arrepentida, pero solo el diablo respondió, debido a que dios no estaba ahí.

Intentaba escapar, corría para todos lados, sin dirección, pero el fuego ya había consumido su cuerpo y los demonios habían comenzado a comer su cerebro, rameritas comenzaron a jugar con su cuerpo y el humo de la pistola se reflejó en sus ojos, toda su vida era un mero reflejo de aquel humo, había luchado toda su vida para estar del otro lado y hacerlo desaparecer, pero ahora ese otro lado era frío, desolador, todos ahí ya no les quedaba alma, no les quedaba corazón, no les quedaba cuerpo, eran residuos de seres humanos, materia fecal de negros estúpidos que se habían dejado llevar por tentaciones, lo más bajo entre lo más bajo, productos de aquel humo de pistola que ahora se reflejaba en sus ojos. Y entonces, se dio cuenta de que no quería ser uno de ellos, pero era demasiado tarde.

Entonces, cuando se dio cuenta de que su alma ya era fría y podrida, sin escapatoria de ese estilo de vida, se tiró de la cornisa y acabó con su vida.

Yo estaba con él, y violé a su madre también, ahora el diablo me sigue a donde vaya, el se me sienta al lado, y yo ni siquiera me percaté, el diablo crece en los corazones de los egoístas y extraviados, seas blanco, negro, o amarillo, no eres discriminado, tú tienes un destino auto-destructivo con el que te has infatuado y ya para toda tu vida has firmado, no hay escape, estamos en fuego ardiente, sí el diablo quiere una danza contigo, mejor escapa y dile que nunca, ya que la danza con el diablo puede durar para siempre.

Espero que mi hija nunca dance con el diablo, y que la inocencia que vi en sus ojos no desaparezca, que nunca se meta con pandillas ni con el narcotráfico, quiero que ella termine la escuela y llegue a la universidad, sea la primera en la familia en lograr tal honor, que no se convierta en una Hood Rat o en una Stripper, por favor, ese es mi único mandamiento.

En la siguiente carta te detallaré el primero de los sucesos que llevaron a mí y a mi familia a la condenación eterna.

EL MONTE CRISTALINO

CAPÍTULO II: REPRESALIA

PARTE I

Al principio le costaba abrir los ojos, pues estaba exhausto; escapar y luchar durante toda la noche le agotó completamente. Para mayor carga, el que aquellos cuatro seres entraran en él, sin previo aviso y educación alguna, había supuesto tal conmoción en su organismo que quedó noqueado por un buen tiempo.

Cuando logró abrirlos, reconoció al vulpino que tenía delante suyo. Esbozó una sutil y cansada sonrisa.

—Zorrito —saludó con la mano; éste se lo devolvió con un cabeceo—. Misión cumplida. Un placer verte otra vez. Siempre es bueno despertarse viendo una cara amiga, tras una noche de mierda. O igual solo fue una pesadilla.

Vio cómo estaba el sitio ahora, brillando con intermitentes destellos, a causa de la luz del sol irradiando sobre los cristales que revestían los árboles y plantas. Aunque cegaba la vista, pudo acostumbrarse rápidamente, apreciando que estaba rodeado de pinos. Juraba que antes eran nogales. Y eso no era lo único que notaba diferente. Se miró el pecho, sus brazos, piernas, y no veía más que sus viejas cicatrices. Ni una gota de sangre manchando su piel. Se sorprendió.

—Por lo visto sí que me quieren con vida. Comenzaba a sospechar de que no era más que un peón y que lo que ella me había dicho no era más que una chorrada. Así que no me voy a quejar y pongámonos en marcha, zorrito, que nos queda un porrón de camino. —Agarró el hacha y la usó para apoyarse mientras se levantaba. A medio camino, rebufó y volvió a caer de espaldas—. ¡Por mis ancestros, qué cansado estoy! Eh, ¿me echas una mano? —El zorro negó al instante con la cabeza—. ¿Pero qué clase de amigo eres, jodido bicho? Ojalá fueras un lobo, que seguro sería más leal que tú. Dile a la señorita que envíe a los cuervos la próxima vez.

El zorro se limitó a mirar hacia el otro lado. Molesto, el superviviente se volvió a apoyar en su arma y sobre el árbol, reincorporándose poco a poco y despejando la mente con un cabeceo. Ya en pie, echó un vistazo a los trozos de ropa que se había arrancado durante la noche. Con desdén, desestimó recogerlos. Ya no los necesitaría. Ni siquiera sabía si iba a poder salir de tal sitio.

—Tú dirás, zorrito. Yo ya cumplí con mi cometido, así que tú mismo. Guíame adonde te susurre la voz de tu dueña. Solo espero que el camino esté despejado, pues llevo los últimos días intentando no pensar en lo que he visto y vivido, y ellos me lo recuerdan cada vez que aparecen.

—Te cubrimos las espaldas.

Alzó el hacha de un modo instintivo, poniéndose en guardia. Trató de hallar el origen de aquella voz pero no logró ver a nadie. Tan solo encontró silencio, como acostumbraba a pasar en el bosque.

—¿Quién anda ahí?

No obtuvo respuesta. Pillándole desprevenido, el zorro comenzó a correr hacia una dirección. Le gritó, pidiéndole que esperara; hizo caso omiso. Tuvo que esforzarse en gran manera para mantenerse a su ritmo, pues era un animal rápido. Sabía que debían darse prisa, pero no tanto. *¿Qué está pasando? ¿Alguien se acerca?* Se cuestionaba qué mosca le habría picado al zorro para que se pusiera a trotar de aquella manera. Entonces lo vio nervioso, zigzagueando, con las orejas en alto y mirando a los lados. Solía hacerlo cuando se aproximaba una amenaza, y solía acertar.

Ojeó hacia su izquierda. Nada. Ni un movimiento. A su derecha, una flecha. Logró parar en seco y la saeta le rozó el pecho y el hombro izquierdo, clavándose en un tronco cercano. Ignoró el dolor, volvió a mirar y pudo distinguir una figura asomando detrás de uno de los pinos, dispuesto a disparar otra flecha. Sin perder de vista tanto al zorro como al arquero, siguió su curso, atento para esquivar todos los proyectiles que le lanzase.

Flecha a la cabeza; se agachó con suma facilidad. Directo al abdomen; dio un giro sobre un pie, lo evitó y prosiguió la carrera. El tercer tiro se le desvió y fue a parar justo detrás de él. Ya para el cuarto no podía pensar más en el arquero, pues otro adversario le salió al encuentro.

De la copa de un árbol, cayó ante él uno de aquellos seres infames a los que había dado caza en los últimos días. Espada en mano, vestía lo que parecía ser su uniforme, con ropa negra y telas rojas, llevando también una capucha que guardaba bien su identidad. Nunca lograba discernir si el que luchaba era hombre o mujer. No le importaba. A cualquiera que viera vestido así, solo pensaba en una cosa.

Matar.

Sin miramientos, empuñó su hacha mientras seguía corriendo, dispuesto a asestar un golpe horizontal desde la derecha para aprovechar el impulso de su carrera, usándolo también para bloquear la vista al arquero. El adversario lo eludió con facilidad, rotando sobre sí y acompañando el movimiento con un tajo diagonal que casi le corta el costado. Ese error le costó la vida en el breve duelo. Conocido por su habilidad en cambiar direcciones con soltura, el superviviente viró para ponerse cara a cara y le partió el abdomen, las costillas y el pulmón con un corte ascendente. Gritando apenas, el enemigo cayó al suelo, abatido.

Victorioso, volvió a fijarse en el lugar donde estaba el otro contrincante, pero no lo halló. Al menos, no como antes. Ahora era un cadáver con una rama de árbol incrustado en su pecho, clavado en el tronco en el que se estaba apoyando. Se preguntó qué había pasado.

Pero no era tiempo de preguntas, sino de moverse.

Aumentó su velocidad al ver que estaba a punto de perder de vista al vulpino. Para su asombro, con cada paso se sentía más ligero, como si las piernas fueran solas. Si esto seguía así, estaba seguro de que podía llegar a cualquier destino que le llevara el zorro, antes de que cayera otra vez el sol por el horizonte. Si es que el resto de la unidad no lograba matarle antes de eso.

Las copas se mecían con mayor violencia y sabía que no era por el viento. Más de ellos se aproximaban a su posición y lograban poco a poco rodearle con éxito. No escatimando esfuerzo ni tiempo, unos cinco se dejaron mostrar, alzando sus arcos y espadas, dispuestos a cumplir con la tarea que les fue encomendada.

El hombre ni los miró. Algo le decía que fijara su mirada en el zorro y que no se preocupara de ellos. Con la vista adelante, al poco rato vio hilos de sangre disparándose por el aire y sentía que el ajetreo se iba silenciando. Tuvo la certeza de que ya no estaba en peligro. No sabía quién le estaba echando una mano, pero desde luego se lo agradecía. Aunque no pronunciase palabra alguna.

Y para qué. Como si el bosque entero le quisiera muerto, el terreno tembló ferozmente, inclinándose y provocando que se resbalase. Se vio arrastrado hasta un tronco en el que se agarró con fuerza, esperando que aquello pasase. Para su lamento, no paraba, sino que continuaba y cada vez peor. Lo que era suelo se iba convirtiendo en pared y los troncos eran la nueva superficie sobre la que poner los pies. Sintiendo la adrenalina fluir por sus venas, se apuró en a saltar y a continuar avanzando a duras penas, sin pensar en la locura por la cual estaba atravesando ahora. Si lo de anoche parecía digno de una pesadilla, esto lo era aún más.

Se dio cuenta de que había perdido de vista al zorro. Frenó. Observó bien. No lo veía en ningún lado.

—¿Zorrito? —Trató de gritar más fuerte—. ¡Eh, zorrito! ¿¡Dónde estás!?

Seguía sin encontrarlo. En cambio, vio un par de águilas pasar que tenían colas doradas. Aseguraba haberlas visto antes; no recordaba dónde. Al desaparecer las aves entre los pinos, el lugar volvió a sacudirse, esta vez mucho más que antes, hasta el punto de quebrarse varios troncos. Sobre él caía uno, por lo que saltó a ciegas hacia delante, deseando con todo su corazón que aterrizara bien sobre otro. El deseo no se le cumplió.

Se escurrió sobre uno e impactó de espaldas sobre otro, continuando con la caída libre mientras se chocaba una y otra vez con los árboles, algunos aún firmes, otros que también descendían con él. Cuando pensaba que el último golpe iba a ser el definitivo, de la tierra salieron raíces que le agarraron y lo engulleron bajo el suelo.

Agobiado, luchó con todas sus fuerzas para soltarse del amarro, hiperventilándose hasta percatarse de que estaba comiendo tierra. Aguantó la respiración, escupió, tosió y siguió forcejeando; de nada servía. Se quedó quieto y esperó. La tierra se apretó más a él y lo fue chafando poco a poco. Cerró los ojos. Dejó de luchar.

Qué lejos he llegado en mi venganza personal. Era cierto que no lo podía llevar a cabo yo solo, ¡pero mira adonde me ha llevado el buscar ayuda! Aquellos que merecen muerte seguirán viviendo, mientras que los que buscan hacer justicia caerán uno detrás de otro. Como yo mismo. Lo siento, madre. Lo siento, familia. Lo siento, sangre mía. Y lo siento, amigos míos.

Fue disparado de la tierra, quedando tendido en el aire. Abrió los ojos otra vez y pudo ver el sol radiante ante él. Ya pensaba que estaba en otro lugar, tal vez en el más allá, entre los dioses o quienes fueran los que le esperan a uno tras la muerte. Así lo creía, hasta que vio aquel trozo de tierra con pinos perdiéndose en el espacio. Se volteó y vio las nubes debajo de él, que dejaban entrever la región de Kandes y el océano que rodeaba por toda la costa derecha. Se dio cuenta de que caía.

Él no sabía decirle a nadie cuanto tiempo duró aquello, pero le pareció una eternidad. Descendía y descendía; el final nunca llegaba. Lo único en lo que tenía certeza era que sostuvo el hacha con fuerza durante todo este momento, con la piel erizada y queriendo que aquel delirio acabase ya. Atravesó las nubes, dejando un rastro detrás suyo y acelerándose hacia el vasto océano que se engrandecía ante él, intimidante. Si no se había muerto antes, lo haría ahora. Y si no moría con el impacto, lo haría a manos de los reyes del mundo marino.

Impactó contra el océano y se sumergió en el mar, hasta muy profundo, perdiéndose en la inmensidad de las aguas que le arrinconaban, amenazando con penetrar en sus pulmones y ahogarle en una irrefrenable agonía. Lo estaban logrando.

Una mano agarró su brazo y lo jaló hasta una orilla. Quedó recostado sobre su espalda, boca arriba. Tenía dificultades para respirar, pues le había entrado bastante agua. Vagamente podía escuchar a alguien hablando, una voz femenina, sin ser capaz de discernir las palabras. Ese ser se inclinó y le hizo el boca a boca, con la esperanza de sacarle el agua de dentro. Lo consiguió.

El hombre escupió todo lo que pudo y recobró la respiración. Se aclaró la vista y pudo ver a una de aquellas criaturas cornudas que habían entrado en su alma. La mujer, si es que se la podía llamar así, sonrió y le acarició una mejilla.

—Señorito nómada, ¡por qué poco! Por suerte, ahora solo estamos tú y yo. La mala noticia es... —chasqueó la lengua—. Digamos que hemos acabado un poco lejos.

PARTE II

Marovir estaba aterrada. La horrible muerte de Tirei, el dueño de la biblioteca, fue inesperada por todos; más aún en un día como aquel. El condado no era una morada escasa de criminalidades, pues no faltaban días en los que se reportasen hurtos, maltratos, timos, actos vandálicos y ocasionalmente algún homicidio. Sin embargo, desde el nuevo año, los habitantes habían tenido la desdicha de esperar, en vano, el regreso de sus familiares y amigos, así como de ver a sus vecinos desaparecer sin dejar rastro alguno. Doce días atrás, justo antes de acabar la segunda luna del año, la población maroviana ya había quedado conmocionada ante la noticia que pasaría de boca en boca: Pyrel, el famoso pintor, había muerto en la frontera del bosque. Doce días después, se enfrentaban a una cruel verdad, pues Tirei murió en el mismo condado, y se podría decir que delante de las narices de todo el mundo. Por ello, el temor se apoderó de sus corazones.

Dada la situación, los guardias se vieron obligados a mover ficha. Mandaron a todos los marovianos a volver a sus casas, prohibiéndoles salir hasta levantar el toque de queda, y cerraron inmediatamente los portones para cortar cualquier salida. Aquellos que permanecían en las torres de vigilancia pusieron ojo avizor, atentos a cualquier movimiento sospechoso que pudieran ver desde las alturas. Por otro lado, pequeñas patrullas se esparcieron por todo el condado y en especial en las casetas de los cazadores, situadas en la frontera este y que daban con los límites del bosque, con tal de montar guardia en el frente desprovisto de muralla. Por último, en medio del ajeteo se había conseguido reunir a un sospechoso y una serie de testigos, los cuales fueron enviados al cuartel principal de la guardia de Marovir. Los nervios, la ansiedad y la desconfianza se podían palpar en el ambiente.

Barkeon y Zhaer caminaban por las calles desérticas del condado, en dirección a dicho cuartel. Recién habían acomodado todas las provisiones compradas, incluso las tomadas "prestadas", y llevado los caballos hasta una de las casetas del este, en la que vivían unos viejos compañeros de Kait. La joven del grupo, Gienn, había quedado muy afectada tras presenciar el cadáver troceado de Tirei. Necesitaba relajarse como fuera y quitarse el mal sabor de boca. Además, no paraba de repetir de que sentía algo más, como si alguien la estuviera acechando. Viéndola tan alterada, Kait decidió quedarse con ella y acompañarla mientras se bañaba. Por otro lado, la ex-cazadora les pidió a Barkeon y Zhaer el favor de hablar con el capitán Orstyn o el Conde Jakobias, para enterarse de las últimas novedades. Era su amado pueblo y odiaba verlo en aquel estado.

—¡Esto está tan vacío como el firmamento de un desierto y mi estómago! —vociferó Zhaer—. Y lo digo de verdad. Ya es mediodía y me muero de hambre, joder.

—Ya comeremos al volver —aseguró Barkeon—. Esa pareja nos está preparando algo rico.

—Eso es lo que dice tu chiquilla. A mí me vas a perdonar, pero yo no vi nada de carne y eso siempre es mala señal.

—Sí que había, cegato. Lo tenían a la izquierda de los cuencos con frutas y verduras.

—¿En serio? —se rascó la cabeza, confundido—. Pues no me había fijado. Bien por mí, balletero profesional.

Tras soltar ese comentario, Zhaer frunció el ceño al ver que a Barkeon le había entrado un mal de risa. Se le quedó mirando, extrañado y a punto de desear no haberle conocido jamás, hasta que cayó en cuenta.

—¡No, tío! No me vengas con eso otra vez.

—¡Es que fue buenísimo! — Barkeon se paró y apoyó las manos sobre las rodillas, riendo con más ímpetu.

—Déjalo, por favor. Mientras antes hablemos con el capitán o el conde, antes comerem...

—"¡Oh sí, puedes confiar plenamente en mí!" —interrumpió Barkeon, imitando a su amigo—. "¡Yo siempre cumplo mis promesas y ningún rival podrá ganarme en un torneo de puntería! Fíjese, voy a darle al pomo de la puerta sin mirar y verá que soy todo un balletero profesional".

—Y me cargué uno de sus jarrones, lo sé —Zhaer lo empujó—. Deja de restregármelo. Ya te dije que mi ballesta de mano estaba mal.

—Excusas de un mal perdedor. Una lástima que perdieras así el ligue de tu vida.

—Ahora en serio, ¿no te sientes un poco raro que estemos así en un día como hoy?

—¿Cómo así?

—Como si fuera un día cualquiera. Acaba de morir un hombre hace escasas horas, Barkeon.

—De joven, eso era nuestro pan diario —se encogió de hombros—. Por eso es que decidimos vivir casi como unos nómadas.

—Sí —dijo Zhaer, tras salir de su breve melancolía—, será eso...

Prosiguieron hacia el cuartel, sumidos en sus propios pensamientos. Por el camino se toparon con varias patrullas que les mandaban a volver a sus casas. Los cazatesoros aseguraban una y otra vez que debían reunirse con el capitán Orstyn, pues fueron convocados por él. Por más que aquello no fuera cierto. Pero algo había en el nombre de Kait, pues, cuando la mencionaban, a algunos se le brillaban los ojos, afirmando que la conocían y que harían cualquier cosa por ella. Incluso la consideraban una heroína. A Barkeon le mosqueaba; a pesar de su cercanía con ella, Kait se veía incapaz de contarle al respecto. Y, como si hubiera una ley no escrita, todo el que sabía sobre lo sucedido se negaba también a compartirlo, por respeto a sus deseos.

Sin más dilación, un par de patrullas los escoltaron hasta el cuartel y les dijeron que irían a avisar al capitán. Al entrar, el ruido volvió a los oídos de los cazatesoros. El interior estaba

abarrotado de gente en servicio y bajo el mando de Orstyn, así como de testigos histéricos que no esperaban su turno de palabra para decir lo que habían visto. En medio de todo el barullo, no era ninguno de los adultos sino una pequeña chica la que destacaba entre todos ellos.

—¡Es él, es él! —chillaba la adolescente, forcejeando con una vigilante—. ¡Tiene que ser él! ¡Él tiene las flores y había una donde mi padre!

—¡Maran, cálmate! —ordenaba la vigilante, que llevaba un uniforme azulado—. Sé que quieres justicia, pero tienes que dejarlo en nuestras manos.

—¿¡Y a qué esperáis!?

—Anveld estuvo todo el tiempo en la plaza y ni siquiera sabemos si es cómplice.

—¡Pues claro que lo es!

—¡Hija, ya basta! —gritó su madre. Le era complicado hablar, pues estaba a punto de romper a llorar—. No hagas esto más difícil de lo que ya es. Ven acá y deja que hagan su trabajo.

Maran, aunque aún furiosa, dejó de forcejear y la vigilante la soltó, lentamente. La chica permaneció ahí quieta, firme, tratando de hacerse la dura y teniendo la cabeza bien alta. Para su lamento, no era más que una adolescente que acababa de perder a su padre. Dándose por vencida, bajó la cabeza, echó todas las lágrimas que había contenido durante un buen rato y se lanzó a los brazos de su madre.

Barkeon y Zhaer no pudieron escuchar ni una palabra más de esas mujeres. El ex-marinero se quedó pensativo. El líder de los cazatesoros se percató de ello.

—¿Pasa algo?

—¿Eh? Ah, nada. Es solo que ese Anveld... creo que lo conocí en el mercado. El vendedor de las flores. O supongo que se refieren a él, que ni llegamos a presentarnos. Tenía un buen surtido de flores diferentes, entre ellas unos lirios de Aldir.

—¿La flor que vio Gienn?

—Sí, pero no sé —cabeceó, incrédulo a lo que acababa de escuchar de aquella adolescente—. Sé que no soy tan bueno leyendo a la gente como tú, y aun así apostaría a que él no tuvo nada que ver. No tiene pinta.

—Pues te digo lo mismo que dijo aquella mujer —Barkeon se cruzó de brazos—. Dejémoslo en sus manos. Esto no nos incumbe por ahora. Si nos metemos, podríamos acabar haciendo más mal que bien, porque la única que tiene alguna idea sobre este condado y su gente es Kait.

—Ostias, ¿no estás siendo un poco frío?

—¿Te tengo que recordar qué solía pasar antes de conocer a Kait, Xoei y Gienn, cuando éramos unos metomentodos? Ya sabes que ganas de ayudar no me faltan, pero hay que saber cuándo hacerlo y cuándo no.

—Ya, es verdad —se quitó el sombrero y se lo puso en el corazón—. Que descansen en paz nuestros yos entrometidos.

De uno de los pasillos salió un patrullero e hizo un gesto con la mano a los dos cazatesoros, señalándoles que podían entrar. Ambos le siguieron y fueron llevados a través de varios pasillos que daban lugar a diferentes habitaciones, salones y despachos. Los dos pudieron apreciar los cuatro grupos que formaban la milicia de Marovir.

Los más reconocidos eran los mismos guardias, que poseían grandes armaduras y solían salvaguardar la entrada a los edificios más importantes del condado. También hacían una labor investigativa, junto con personas especialmente preparadas para ello. El segundo equipo, el patrulla, estaba ahora en activo, por lo que quedaban muy pocos en los cuarteles. Para facilitar la

ejecución de su tarea, portaban una armadura más ligera de peso, evitando así un cansancio extra en las épocas que tuvieran largas sesiones. Luego estaba el escuadrón de los vigilantes; aparte de reforzar filas en las torres de Marovir, eran los encargados de asegurar el bienestar de las familias o personas a las que fueran asignadas. Estos llevaban un uniforme azulado, que les permitía ser diferenciados del resto de los habitantes. Finalmente, estaban los soldados. Si bien es cierto que ellos también formaban parte del ejército en momentos de conflicto y guerra, los soldados eran aquellos considerados los mejores y que entrenaban arduamente sin parar para mantenerse en forma.

Los cazatesoros y el patrullero llegaron a un salón, donde dentro estaban Orstyn y uno de los vigilantes, asustado y triste. Estaban hablando sobre lo sucedido en la mañana.

—Y claro, las tres veces que entré acompañando a la persona —explicaba el vigilante—, Tirei me decía eso, que volviera a salir y me quedara en la puerta. Yo le decía que tengo que quedarme, que te tengo que vigilar, que es mi deber, y él que no, que para afuera, que los temas a conversar, o yo qué sé qué dijo, eran privados. Nunca en mi vida lo había visto así, en serio, en verdad que te lo digo en serio.

—Lo sé, lo sé —asintió Orstyn—. Muy inusual de su parte. ¿Y dices que el último, el hombretón, salió en seguida? Porque la ropa ensangrentada que hallamos en un rincón parece ser de su talla, según testigos.

—Sí, capitán, no duró nada. Tal cual entró, tal cual salió, y ni una mancha tenía. Seguía llevando la misma ropa. Si fue él, tuvo que haber recibido ayuda o algo. Aunque es verdad que iba con prisa, o sea mucha prisa, hasta chocó con un par. Y no entré otra vez porque me lo reprochó las dos veces anteriores.

—Será posible —el capitán suspiró y se llevó la mano a la frente, quitándose el sudor. En ese momento se dio cuenta de que estaban Barkeon y Zhaer a la espera—. ¡Ah, caballeros! Perdona, estaba repasando unas declaraciones.

Orstyn mandó al vigilante y al patrullero que salieran y volvieran a sus quehaceres. Indicó a los cazatesoros a que se sentasen y se pusieran cómodos.

—Señor Arathor y señor...

—Dwornel —le estrechó la mano—. Zhaer Dwornel. Un placer.

—¿El haarkjiano?

—Sí —se sorprendió Zhaer—. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó tu amigo aquí presente. Soy Orstyn Veller, capitán de la guardia de Marovir. Y el gusto es mío —estiró un poco la espalda, tratando de aliviar la tensión acumulada que llevaba encima, y se sentó con ellos—. ¿Qué os trae por aquí?

—Kait quiere saber si hay novedades sobre lo sucedido —comentaba Barkeon—, antes de que tomemos rumbo hacia Alenei.

—Mucho ruido y pocas nueces. Eso es lo que hay.

—¿Cómo?

—Han pasado más cosas de lo que pareció a simple vista. No me explayaré, que no quiero que estéis más preocupados de lo necesario, mientras buscáis a vuestro amigo y a Iolta, pero le podéis decir a ñina que esto apunta a una represalia.

—¿Ñina? —preguntó Zhaer.

—Me refiero a Kait —aclaró Orstyn—. Perdona, es que siempre la llamo así.

—¿Represalia de parte de quién? —inquirió Barkeon, aunque se imaginaba la respuesta.

—De parte de Vatrís, el otro condado de Kumu.

—Cómo no, señor. La historia entre Vatrix y Marovir la conoce toda Kandes, a menos que vivas debajo de las piedras.

—¡Pero si eso sucedió hace tiempo, Barkeon! —exclamó Zhaer—. ¡Qué me estás contando!

—Te sorprenderías por el fanatismo que puede haber. Y recuerda que se borraron dos dinastías de un solo tiro.

—Es lo que comenta Barkeon —afirmó Orstyn—. El fanatismo hace de las tuyas muchas veces. Sin embargo, nada es definitivo y es necesario seguir preguntando, investigando. Llevamos dos meses desde los primeros incidentes y seguimos sin nada concluyente entre manos.

—¿Habéis considerado pedir ayuda? —aconsejó el líder cazatesoros—. Kumu tiene recursos para dar y tomar y tiene apego a este condado, por más que intenten mostrarse distantes. Al sur tenéis a Lonta además, aunque bien es cierto que viven un poco en su propia burbuja.

—Hemos pedido ayuda a mediados de la luna pasada. Concretamente el 20 de Dylie. Es un largo camino, así que esperamos que llegue pronto una respuesta. Y que sea afirmativa.

—Eso espero también. ¿Algo más?

—Sí, es una petición personal —Orstyn vio que ambos simplemente esperaron a que lo dijera—. Sé que estaréis buscando vuestro amigo y que tanto rada, o sea el conde, y Kait consideraron que, encontrar a Iolta para mandarlo de vuelta a aquí, era lo mejor... pues, cuando lleguéis a la aldea, a Alenei, buscad también a Kreendirs, por favor. No importa lo que esté pasando allá; le necesitamos aquí lo más pronto posible y debió haber vuelto hace ocho días. Así nos dice qué está sucediendo, si es que lo sabe. Lo podéis reconocer con el parche que lleva en el ojo derecho. El resto de los guardias se pueden quedar, en caso de que la aldea corra peligro.

—Así haremos, aunque no prometemos nada, capitán —aclaró Barkeon.

—Es mejor que nada, caballero.

—¿Y cómo está el Conde Jakobias?

—Reunido con sus consejeros. No están teniendo una conversación tranquila, eso te lo aseguro.

—Mucha tensión, supongo.

—Tensión, suspicacia y algo de miedo.

Los cazatesoros se fijaron en que el capitán estaba muy agotado. Era notorio que Orstyn llevaba ya numerosos días sin apenas dormir y estando en servicio día y noche. Los dos se miraron y supieron que estaban pensando en lo mismo. Inesperado por parte de Barkeon, fue su amigo el ex-marinero el que se adelantó y habló primero.

—No quiero entrometerme, así de la nada, pero, ¿acaso has dormido? ¿O tienes a alguien en casa? Con perdón, te ves fatal.

—Ya me lo dicen —rió, sin mucha gana—. Y te diré lo que a todos. Estoy casado con el deber y mi única familia cercana es la guardia. Es lo que sucede cuando tus padres mueren en un viaje, tus hermanos se mudan a otras ciudades y uno está preocupado por la seguridad del condado, demasiado como para sentar la cabeza.

—No señor, así no —Barkeon sacudió su cabeza—. Te voy a decir lo que le dije a mi padre, antes de irme a tomar por saco y dejarlo todo atrás. Una mente descansada puede lograr más en un día, lo que nadie puede alcanzar en una luna entera de trabajo ininterrumpido. No conozco casi a tus hombres, pero puedo ver que trabajan duro, así que esta noche duerme y descansa. Hazlo por Marovir y por ti mismo.

—Y cuando volvamos de Alenei, iremos a la posada central y beberemos hasta que no podamos más —sugirió Zhaer—. Porque, para entonces, seguro que se habrán acabado los problemas. ¡Marca mis palabras, Capitán Orstyn!

—Si fuera tan sencillo... En fin, señores. Gracias por el consejo. Supongo que tomaré un buen descanso a la noche, pero ahora debo proseguir con mis labores, que hay mucho que hacer. Y vosotros debéis de tener hambre.

—¡Y que lo digas! —golpeó la mesa—. Mis tripas están que no paran de sonar.

Efectivamente, las tripas de Zhaer sonaban tanto que se podía escuchar por todo el salón. Aquello le soltó una buena carcajada a Orstyn. Y qué buena carcajada. Lo precisaba.

PARTE III

En el este de Marovir se situaban las casetas de los cazadores, quienes vigilaban entre los árboles, alertando al pueblo en caso de avistamiento de animales salvajes. En ese día, varios guardias y patrullas reforzaron la labor que hacían estas personas, como medida de prevención a causa de lo sucedido. Mucha gente, la mayoría extranjera, se preguntaba por qué no se limitaban a levantar una muralla y así evitar posibles accidentes. O que viniera un ejército a conquistarlos.

Y es que era imposible, tanto construir como conquistar. Durante años se pretendió edificar muros para terminar de rodear el condado, pero siempre era un vano esfuerzo. El momento en que se reunían los trabajadores para poner manos a la obra, bestias acechaban y los aterrorizaban. Aún cuando eran protegidos por los mejores hombres de la caza, resultaba ser un proyecto inútil cuando venía una gran manada y lo echaba todo a perder. Lo mismo se aplicaba para todo aquel que quisiera levantar mano en contra de Marovir. Si trataban de rodearles por el este, sus filas se verían reducidas por los feroces animales que deambulaban por el bosque. Por este motivo, sabían por donde vendría cualquier ejército y por ello pusieron todos los edificios importantes en el centro y en el este, mientras custodiaban el oeste con celo y tenían al ejército preparado en aquella zona. Gracias a esto, el condado creció en prestigio por ser uno de los lugares donde ha habido menos conflictos a gran escala.

Sin embargo, mantener Marovir a salvo era un trabajo costoso para los cazadores. Por lo general, no podían dormir mucho y debían cambiar turnos constantemente, entre que enviaban a pequeños clanes a rechazar el avance de los animales más peligrosos y cazar para abastecer de comida al condado. Tenían una sede donde se reunían y vivían docenas de líderes, a la par que lo usaban a modo de escuela de aprendizaje, para los nuevos integrantes. No por nada eran centenares y a algunos foráneos les gustaba nombrar al condado como Tierra de Cazadores.

En medio de la zona de las casetas, había una en particular en la que vivía una pareja bien conocida por Kait. Fueron los que se ofrecieron en hospedar a los cuatro cazadores para comer y descansar, antes de embarcarse en la búsqueda de su amigo perdido. Tuvieron la amabilidad de darle de beber a sus caballos y de preparar un baño caliente para Gienn. No solo eso; estaban preparando un buen manjar, pues no querían que los invitados se quedasen insatisfechos en su breve visita. El hogar, aunque más pequeño que el resto de casetas, se sentía acogedor. Era un edificio de piedra conformado por cuatro habitaciones: una compuesta por la sala de estar, el comedor y la cocina, luego otra para el baño y finalmente dos cuartos con varias camas. Cuando uno entraba, notaba cómo se mantenía bien la temperatura en el interior. La edificación robusta se dejaba sentir.

Kait, tras charlar un rato con los huéspedes sobre el incidente, ponerse al día y echarles una mano, volvió al baño para comprobar cómo estaba Gienn. De mientras, aquella pareja seguía cocinando y preparando la comida, que ya estaba a punto. Y como cada pareja perdidamente enamorada, aprovechaban cada instante como si fuera la gema más preciada. El marido contemplaba de cerca a su mujer, perdiéndose en su belleza.

—¡Qué preciosa estás! —la abrazó por la espalda y la besó en el cuello—. Me encanta cuando sonríes. Hoy te ves más contenta.

—¿Y cómo no habría de estarlo?

—¿Porque por fin estoy cocinando contigo al mediodía, en vez de ahí afuera platicando con los animalicos?

—Ah —le lanzó un desdén—. Pensé que yo sonreía por Kait.

—¡Oye! —La miró y vio que estaba jugando con él, como era habitual—. Por favor, siempre provocando...

—Sabes que lo hago aposta —se dio media vuelta y le acarició tiernamente las mejillas—. Me alegro que estés aquí.

Los dos permanecieron ahí, mirándose y besándose. En ese día, no existía la presión de la caza ni de vigilancia para ellos. No les tocaba. Ambos estaban con sus ropas de estar en casa, confeccionadas con una tela resistente y sin ser precisamente un lujo. Podían disfrutar de ver sus ojos, los verdosos de él y los azabaches de ella. La mujer podía gozarse de su amado, lampiño y de cabellos rizados; el hombre, de su amada, con un pelo rubio tan lacio que resbalaba y se escapaba entre los dedos. El nombre del esposo era...

—Berus.

Y el de la esposa...

—Shirla.

—Creo que deberíamos seguir cocinando.

—¿Por qué? Quiero seguir así un rato más —la volvió a besar en el cuello.

—Sabes que si sigues...

—Pues hagámoslo.

—¿Estás loco? —le apartó un poco—. ¡Tenemos invitados!

—Qué importa. Kait ya nos vio haciéndolo y esa joven parece tener una mente abierta.

—¡Lo de Kait fue hace ocho años! Y creo que lo que menos quiere esa otra chica es oírnos gemir de placer.

—Venga, un ratito —la siguió besando, tratando de convencerla.

—Mira, hagamos un trato. Sirvamos a estos invitados, comamos con ellos y, cuando marchen, tendremos toda la noche para nosotros. —Le miró fijamente y procedió a pronunciar lentamente cada letra—. Toda.

—¡Uh! —silbó—. Trato hecho.

—¡Jaja! Qué pícaro.

Acabaron de preparar la carne, las verduras y las frutas, procediendo luego a ir preparando la mesa y aguardando la arribada de los cazatesoros. Al no aislarse del todo el sonido en aquella caseta, por momentos escuchaban a la joven gritar. Preguntaban si todo iba bien, a lo cual la vieja amiga les aseguraba que todo estaba en orden. Con todo y que afirmaba eso, hubieron palabras que preocuparon a la pareja.

Siento como una espada en el cráneo, amenazando con clavármelo.

Mantuvieron la compostura, confiando en Kait. Habían tapado la comida con unos recipientes, con tal de que la carne aguardara el calor y las frutas y verduras siguieran bien frescas, así que podían esperar. Pero ya advertían que estaba pasando bastante tiempo.

Por suerte, la puerta del baño se abrió.

—¿Cómo está la chica? —preguntó Shirla, inmediatamente—. Nos estábamos preocupando.

—Ahora mejor, aunque ha costado —respondió Kait, restregándose la cara—. Está histérica.

—Ven, siéntate.

Kait se sentó, cerró los ojos y respiró hondo. Estuvo en silencio; los huéspedes lo respetaron. Entonces, volvió a hablar.

—Nunca debí irme.

—Bueno, en su momento lo necesitabas y creo que te hizo bien. —Shirla intentaba animarla. La recordaba años atrás, muy vigorosa y salvaje, con un corazón amigable—. Creo que os hizo bien. De no ser por ti, quién sabe cómo estaría esa chica ahora. Y de no ser por irte, no habrías visto mundo. No habrías conocido a este grupo tan majo. Y no habrías encontrado al hombre de tu vida.

—No —río por lo bajo—, no seas como Dain. Aún siendo conde, le gusta andar con esos cotilleos. No adelantemos acontecimientos. Nos apreciamos y nos hemos planteado una relación seria, pero él está esperando al momento adecuado.

—Es decir —Berus se inmiscuyó en la conversación—, que Barkeon ha hablado contigo de casarse pero aún no te ha pedido casarse.

—Pues sí...

—¿Pero este tío es subnormal o qué? Cuando le vea, le voy a dar tal colleja que se va a enterar.

—Sí, hazme el favor, que no se entera. Y volviendo a lo que me estabais diciendo antes, ¿qué tal el resto de los clanes?

—Pues ya te contamos que Iolta ahora es uno de nuestros grandes líderes y que comanda el clan más exitoso de todos —prosiguió Berus—. También se separaron los inseparables Volod y Aider, para reforzar los dos extremos de la frontera; Volod en el noreste y Aider en el sureste. ¡Y Glena, la que tú tomaste de aprendiz, siguió tus pasos hasta liderar un grupo ella sola!

—¿En serio? ¡Me encantaría verla!

—Hoy y mañana está de servicio, lamentablemente —informó Shirla.

—Una pena. ¿Y qué fue del clan de Los Traviosos? —sonrió ante el recuerdo de sus caras—. Siempre lograban sacarnos unas risas con sus ocurrencias y tardes teatrales.

La cara de Berus y Shirla cambió completamente. Kait enarcó las cejas, confundida.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—Sucedió algo malo —comentó Berus, hablando apenas—. No creo que sea el momento.

—No, por favor. Cuéntenme —insistió Kait.

—Es que fue horroroso.

—¡Berus, este es mi pueblo también!

El hombre titubeó. Su esposa tomó el testigo, viendo que no se atrevía a contar nada.

—Cambiaron mucho desde que te fuiste hace siete años. Los recordarás como unos chavales huérfanos, cuyas únicas aspiraciones eran las de lograr cazar osos y enfadarnos con sus travesuras. Fueron madurando y se volvieron cada vez más desobedientes. Más violentos. Y en un mal día para algunos de los artistas de Marovir, hace dos años irrumpieron en una reunión de cantautores, poetas y músicos, amenazando en matarlos si no se dejaban abusar sexualmente. Y así lo hicieron, a hombres y mujeres. Cuando llegaron los refuerzos de la guardia, vieron que habían matado a los

suyos para poder entrar y que además se salieron con la suya. Los artistas acabaron con varias heridas. Desde entonces, nadie sabe dónde están.

Ante la exposición, Kait estaba sin palabras. Solo podía preguntarse: ¿cómo unos chavales, despreocupados de la vida, acaban haciendo algo así? Sintió un escalofrío recorrer por todo su cuerpo. Se frotó los brazos.

—Qué horror...

—Al menos las víctimas lograron recuperarse, aunque tardó un tiempo. Nadie debería tener que pasar por eso.

—¿Pasar por qué? —preguntó Gienn, abriendo la puerta del baño a cal y canto—. Estoy jodidamente hecha una mierda. Contadme algo gracioso, a ver si se me pasa de una ostia vez.

—¡Gienn! ¿Cómo estás? —Kait se alegró de que la aparición de Gienn rompiera un poco el mal ambiente—. Te ves con mejor color.

—Yo siempre estoy radiante como el sol. —La joven se sentó con los tres, al lado de su amiga—. A ver, ¿qué hay para comer?

—Aún no, Gienn.

—¿Por qué no? Es hora de zampar.

—Porque falta que lleguen Barkeon y Zhaer.

—Bah, que les den. —Miró a sus huéspedes—. Vale, vale. Por respeto a vosotros no comeré aún. Perdonen mi impertundidad o como se diga.

—No se preocupe —dijo Berus—. Y os aseguramos que la comida os va a encantar.

—¡Eso no se dice! Ahora tengo ganas de quedármelo todo para mí.

—Lo dices como si no fueras a hacer eso —Kait le guiñó el ojo.

—Claro que no lo haré —le guiñó dos veces de vuelta.

—Hay comida de sobras —comentó Shirla—, así que puedes comer todo lo que quieras. Tooodo lo que quieras, que estamos a vuestro servicio.

—¡Premio pa' mí! —Gienn levantó sus guanteletes en alto, proclamándose victoriosa.

—¿Vas a comer con esos guanteletes? —Berus estaba extrañado.

—No puedo agarrar bien sin estos guanteletes. —La joven lanzó una mueca, para restarle importancia al asunto—. Es una larga historia.

—¡Huele a comida rica que da gusto! —dijo una voz fuera de casa.

—¡Ese es mi Zhaer! —Gienn hizo un redoble de tambores con la mesa, emocionada—. Al fin llegaron. ¡A comer!

Los dos hombres cazatesoros, hambrientos como nadie, entraron a la casa y alivianaron el ambiente aún más con su presencia. Contaron en breve las novedades que les había compartido Orstyn, en su típico estilo desenfadado. Se saludaron, abrazaron y rieron un rato, antes de proceder a degustar los sabrosos alimentos que la pareja había preparado.

Y Berus no pudo contenerse, pues se dirigió a Barkeon y le propinó una tremenda colleja.



CAPÍTULO 1: UN VÍNCULO INQUEBRANTABLE

PARTE II

El espesor del bosque cada vez apresaba más los sentidos complicando la orientación a cada paso pero gracias a mis doce largos años recorriendo cada rincón tras los pequeños moradores que perseguía y alimentaba pude memorizar todo el área como la palma de mi mano. Algunos pequeños salieron de sus escondrijos a darme la bienvenida, como por ejemplo el miedoso Poliwig, que en mi niñez había salvado en la orilla del río y que desde entonces aquel pequeño renacuajo y yo entablamos un estrecho vínculo de amistad, prohibiéndome atraparlo. Su felicidad se encontraba aquí, en esta fantástica vegetación junto a los suyos, en armonía.

—¿Cómo iba a traicionar su amistad arrebatándole todo cuanto le hace feliz? —Siempre me repetía esa pregunta cada vez que se me pasaba por la mente atraparlo.

No podía pararme a saludar o jugar con él si quería adelantarme a Gary así que me despedí de él con un efusivo "¡Hasta luego figura!". Poliwig sería el primero en conocer a mi compañero de viaje así que le prometí desde la distancia que volvería antes de partir de Pueblo Paleta. Otras criaturas del bosque que conocía de antaño se dejaron ver desde los matorrales y como si supieran a donde me dirigía gruñeron deseándome suerte. Nunca pude confiar plenamente en las personas, sus corazones guardaban demasiada oscuridad pero estas criaturas que moraban nuestro mundo eran diferentes. Bien es cierto que no todos los humanos son malos ni todas las criaturas son buenas pero amaba el tiempo que pasaba con ellos en este placentero lugar, amaba aquellas tardes en el río pescando, jugando y reconstruyendo sus hogares cuando el mal tiempo los devoraba. Para cuando quise darme cuenta; absorto en mis pensamientos había bajado hasta allí, oyendo el fluir del agua chocar contra las rocas del río. Parado sobre las piedras colindantes al río una silueta encapuchada y calada hasta los huesos emergió temblorosa portando un extraño maletín, una larga melena plateada ocultaba un rostro afligido por el dolor y sin apenas fuerzas trastabilló y justo cuando su cuerpo iba a golpearse contra las duras piedras; por inercia, pude socorrerla y en mis brazos balbuceó:

—Por favor...ayúdame a esconder el maletín...de ellos.

—¿Ellos, De quiénes estás hablando? —pregunté a la par que le secaba el rostro. Era bellísima, de piel aterciopelada y blanquecina como una muñeca de porcelana.

La capa que portaba; pegada al cuerpo causa del chapuzón, marcaba su volumétrica figura y sus sinuosas y sensuales curvas. ¿Sería un regalo de los dioses para mi, por haberme portado bien este año? Si ese fuese el caso ya estaba tardando en desabrocharme la bragueta, pero desgraciadamente mi suerte no iba por ese celestial camino, desde la distancia al otro lado del río unas figuras vestidas de negro esprintaban hacia nuestra dirección. Me consideraba todo un

macho alfa pero era imposible cargar con la chica y zafarme de los perseguidores al mismo tiempo, cargué con ella a mis espaldas y torpemente volví al sendero para regresar al pueblo. Unos gritos inteligibles captaron mi atención y al girar la mirada allí estaban; portadores de desgracias, mirándome y señalando con el dedo.

—¡Joder, que buena vista tienen!

—El...maletín, que no se lleven el maletín, te lo ruego —tartamudeaba la chica de los mares.

Realmente me importaba bien poco ese bulto rectangular forrado de cuero que sujetaba con más énfasis que su propia vida, mi prioridad se monitorizaba en su seguridad, para luego cobrarme una buena recompensa; un revolcón, ya sea de paso, los héroes necesitamos sentirnos queridos. Dejando atrás las divagaciones y fantasías sexuales que mi cabeza iba apuntando para ponerlas en práctica, empezaba a notar la angosta pendiente del sendero a la que había que sumarse la humedad de sus piedras a causa del estrechocar de la cascada próxima a nosotros. A cada paso que daba podía sentir como el cuerpo de mi recompensa iba enfriándose, sus temblores eran cada vez más bruscos y su respiración más pesada. Con las pocas energías que me quedaban y lo débil que se encontraba, esos tipejos acabarían por cortarnos el cuello en un par de minutos a lo sumo pero de pronto y sin previo aviso una ferviente y absurda idea cruzó como un haz de luz ante mis ojos y trunqué mi destino para deslizarme por los matorrales dirección a la pared de agua. La cascada joder, ¿cómo no se me había ocurrido antes? Había pasado incontables noches de pequeño en su vientre, en aquella gruta que no daba a ninguna parte. El rugido del agua y el grueso manto cristalino ocultarían nuestro rastro. Era un plan perfecto o al menos eso pensaba antes de encontrarnos con un enorme Raticate de mirada asesina a unos pocos metros. ¿De dónde carajo había salido, sería una criatura de los hombres de negro? Podía dar fe que no era un habitante de estos bosques. Su cuerpo peludo y rechoncho era demasiado grande para no verlo venir ni escucharlo corretear entre los matorrales...

—¡Joder! —pensé en voz alta—. Estupendo entonces, yo que pensaba que mi plan era perfecto y era tan obvio que nuestros perseguidores lo habían presupuesto muchísimo antes... pues estamos apañados.

El infame roedor se acicalaba los enormes dientes con la llamativa intención de devorarnos, con cada paso una densa y escalofriante sensación golpeaba nuestras carnes helándonos los huesos. ¿Qué significaba esta horrible conmoción en el ambiente? Mis pies temblaban, mi respiración se entrecortaba y me podría haber meado encima sino hubiera tenido el tanque vacío. No, no hacía falta darle más vueltas de rosca, sabía perfectamente porque mi cuerpo no reaccionaba como yo deseaba.

—Tengo miedo— balbuceé. ¿Pero por qué? Conocía las características de esta criatura como forma evolutiva de Ratata; otro pequeño roedor que ocasionalmente se adueñaba de los víveres de las vacas Miltank del pueblo así como del queso obtenido de su leche, pero aunque me hubiera cruzado con algún otro de su especie jamás habían imbuido en mí este terror tan absoluto. Algo se me escapaba.

La chica estiró el brazo izquierdo apuntando a la grotesca criatura y sin saber lo que su mente maquinaba cerró su puño tan rápido y fuerte como pudo con tan solo un golpe de muñeca. El espacio a su alrededor empezó a distorsionarse tragándose a Raticate que se retorció sobre sí intentando zafarse de un incierto destino hasta el punto de casi desaparecer. Un sórdido estallido fue lo próximo que mi cerebro fue capaz de captar después de que las vísceras del enemigo se esparcieran por todo el lugar manchando de rojo todas las inmaculadas hojas del lugar.

—¡¿Qué coño acabas de hacer?! —Era una pregunta tan absurda como obvia pero mi procesador mental no daba para más en aquellos instantes.

—Un... intento de teletransporte. Lamentablemente, este no era del resultado que profetizaba ver ¿Nos dirigíamos a la cascada? —intervino entre respiraciones entrecortadas.

—Ese era supuestamente el plan pero con todo el revuelo que has armado seguramente ya estarán al tanto de nuestra ubicación, ¿y no crees que toda esta sangre es demasiado vistosa?

—Creo que hablas más de la cuenta —comentó señalando con la cabeza a la zona del crimen. El llanto de la cascada transportaba cada gota de presencia filtrándola entre rocas y tierra—. Con suerte para cuando lleguen no sabrán que ocurrió aquí, sigamos por favor.

Pensaba que la cueva era nuestra mejor baza pero visto lo sucedido empezaba a dudarlo. Estar en una cueva con un bombón como ella era un sueño que levantaba a los muertos pero a sabiendas que unos locos portadores de criaturas rabiosas deseaban nuestras cabezas destripaban toda fantasía, ¿qué debía hacer entonces, ocultarme y rezar para que no notasen las tripas que fluían sendero abajo, junto al cauce del agua, o correr a trompicones intentando llegar a Pueblo Paleta y ser degollado a mitad de camino, para que días posteriores algún vecino encontrase nuestros restos en descomposición? Hoy era mi mejor puto cumpleaños de mi maravillosa y emocionante vida.

Una vez ahondando varios metros a oscuras por el único camino que nos proporcionaba la cueva detuvimos nuestros pasos bajo una estela de luz que se filtraba a través de las paredes, allí; en la brizna luminosa reposamos nuestros cansados cuerpos sobre las pocas rocas cálidas exhalando al unísono toda tensión que habíamos acumulado. No me apetecía mucho conversar con ella, simplemente porque morfeo la sujetaba en su regazo. ¿Cuánto tiempo se suponía que debíamos esperar, estaría echando en falta mi presencia el profesor Oak, guardando mi inicial adecuado? Por supuesto que no, apenas le conocía y decenas de entrenadores novatos se me habían adelantado, maldita sea mi estampa. Tras un largo descanso para ella; porque personalmente me comían los nervios y la inquietud, la luz donde en un principio mostraba un dorado brillante iba tornándose anaranjada y tenue anunciando la caída de la tarde y el advenimiento de la noche temprana. Con una sensual voz la bella durmiente musitó su vuelta a la vigilia comprobando que todo se encontraba tal y como lo había dejado.

—Tranquila, nadie ha entrado y por supuesto jamás se me ocurriría hurgar en ese extraño maletín a no ser que quisiera un final como el de Raticate —mentí. Era obvio que me moría de ganas de vislumbrar lo que mantenía oculto con tanto celo, y del maletín también.

—Yo...jamás podré perdonadme lo ocurrido... —Pero algo captó nuestra atención antes de que terminase la frase.

Desde la distancia, unos pasos llegaron hasta nuestros oídos paralizando nuestra respiración y tensando nuestros cuerpos listos para lo peor, la chica de nuevo alzó su brazo izquierdo a la espera de enemigos.

—¿Estás segura de querer hacerlo? —pregunté rogando una rotunda aceptación. No me sentía una persona egoísta en estos precisos momentos por querer vivir y probar los placeres carnales.

—No puedo asegurarte nada, ten fe en nuestro Dios para que hoy no sea nuestro último día.

Los segundos se hicieron eternos hasta ver resurgir de entre las sombras una pequeña figura azulada, de panza horonda cargando sobre sus muñidas patitas suficientes bayas como para alimentar a una bandada de Pidgey. Al vernos, sorprendido, dejó caer toda su recolecta, cogió una piedra y nos la lanzó sin suerte, golpeando ésta sobre las piedras produciendo un sordo ruido que retumbó por todas partes, "¡munch, munch!" gritaba cabreado, ¿sería esta cueva su hogar, de dónde habría salido? Jamás le había visto por el pueblo ni en el bosque, ¿perdido quizás?

Igualmente no recuerdo haber visto su especie en la enciclopedia, aunque tampoco es que fuese un erudito para acordarme de todas las que habitaban en Kanto.

—¿Sabes lo que significa esto? —dijo a la par que salía corriendo hacia la boca de la cueva sin esperar siquiera una respuesta. ¿Para qué me preguntaba entonces?

—Perdona pequeñín, ya nos marchamos —le contesté sin acercarme demasiado para no ahuyentarlo. Si este era realmente su hogar algún día me encantaría volver para capturarlo.

Apenas podía seguirle el ritmo a ella, ¿de verdad estaba tan malherida o su velocidad de recuperación era inhumana? Me daba igual porque sentía que había perdido una batalla, esa cueva era donde pensaba mojar el chorro. Bajo la catarata, la chica me invitó a salir con una sonrisa en sus labios y cuando sin aliento llegué a su vera me sujetó del brazo y me zarandeó de vuelta al sendero. No había rastro alguno de los hombres de negro, como si todo hubiera sido un sueño. ¿No han destrozado ni removido la hierba siquiera? Todo me resultaba amargamente extraño.

—Esta es nuestra oportunidad, vuelve con tu familia —contestó mientras me miraba fijamente—. Agradezco lo que has hecho hoy pero debemos despedirnos aquí y ahora.

—¡Un segundo, ¿cómo que adiós?! Ha sido un día extremadamente largo y tengo infinidad de preguntas que hacerte, ¿cómo voy a despedirme así?

—Tienes razón y lamento no poder satisfacer tus deseos —concluyó besándome en los labios, algo que me pilló totalmente de improviso dejándome anonadado—. Mi nombre es Anne, lo que esas personas buscan es algo que no concierne a un campesino, así como nuestro encuentro es fruto de los designios de nuestro Dios al que rezaré para no volvernos a encontrar, por tu seguridad. —Tras aquellas palabras, me dio la espalda y siguiendo el sendero desapareció en la distancia.

—¿Y dónde coño está el polvo? —Era lo único que deseaba preguntarle después de dejarme con semejante calentón.

Los graznidos de los pidgey en el avanzado atardecer me recordaba una y otra vez la oportunidad desperdiciada de convertirme en un entrador por el mundano placer de fornicar, deseo del cual no me arrepentía en absoluto ya que días para iniciarse como entrenador hay muchos pero aquellos en los que se encuentra semejante belleza pocos. Para cuando mis divagaciones finalizaron había recorrido todo el pueblo, subido la colina y sin tan siquiera darme cuenta allí me encontraba al fin, en las puertas del laboratorio del magnánimo profesor Oak, maestro de criaturas. Era un lugar que lograba acelerar mis pulsaciones, amaba observar a tantas criaturas convivir en armonía y desde donde me encontraba podía vislumbrar como el viento mecía las aspas del molino; situado en el prado tras el laboratorio, así como algunas criaturas jugar con ellas. Madrugué como jamás lo había hecho para finalmente acabar llegando a las tantas y obviamente el último de la lista. ¿Habría Oak cerrado el plazo ya? Quería tocar el timbre de la puerta y descubrirlo pero la vergüenza aprisionaba mi pecho. No podría mirarle a la cara.

—¿Hola, vienes a ver al profesor Oak? —preguntó un ayudante ataviado con una bata blanca que terminaba de sacar la basura—. La ronda de visitas para los novatos concluyó hace más de dos horas, lo siento mucho muchacho.

—Puedo explicarlo, déjeme hablar con el profesor un segundo, por favor —supliqué, a punto de romper a llorar. Parecía un crío de diez años pero deseaba más que nada en el mundo conocer a mi compañero de viajes, sin contar mis deseos carnales; obviamente, ya que en esos momentos la mayor parte de mi corriente sanguínea recorría un circuito alternativo.

—Lo siento chico, el profesor anda ocupado y cansado. Regresa en otro momento, gracias.

—¿Ash ketchum, eres tú? —intentó adivinar desde la ventana Oak—. Algunos de tus familiares vinieron esta mañana y preocupados por tu seguridad te buscaron por todo el pueblo.

—¡Profesor, yo...! —Sin que pudiese terminar; con un gesto de muñeca, Oak me invitó a entrar.

Intenté llevar un paso ligero pero los cuadros de las paredes del pasillo que conducía al salón de visitas captaban toda mi atención. En ellos mostraban a criaturas que jamás había visto en libros, criaturas de colores inusuales así como algunas que duplicaban su tamaño normal, era simplemente alucinante. Nada más cruzar el umbral unos jarrones se precipitaron en mil pedazos desde el segundo piso y una pequeña sombra captó mi atención, era tan rápida y escurridiza que no alcanzaba a verla. Todo se encontraba patas arriba; manuscritos, informes, balls, todo destrozado, incluso Oak vestía unos ropajes harapientos como si hubiera participado en algún combate.

—Siento todo el desorden, chico, pero uno se hace mayor y no puede lidiar con los problemas como antaño —parloteó Oak mientras se sacudía el polvo e intentaba ordenar un poco todo aquel caos—. Conozco la causa de tu visita y como comprenderás, el plazo finalizó hace algunas horas, no debiste perder el tiempo por el camino.

—¡No he perdido el tiempo! Encontré una chica en la orilla del río que estaba siendo perseguida por unos hombres de negro, tuvimos que ocultarnos en el abrigo de la cascada y para cuando quise darme cuenta ya era... —Cuanto más explicaba, mas rocambolesco y absurdo de creer me resultaba todo.

—¿Una chica, que buscaban de ella sus perseguidores?

—Querían un extraño maletín pero no llegué a descubrir que contenía.

—No puedo decir que me crea toda esa historia pero debes conocer cierta promesa que le hice eones atrás a una leyenda, tu padre. Siempre me suplicó una y otra vez que cuando llegase este momento, pasara lo que pasara te ofrecería tu inicial preocupado de no poder estar a día de hoy contigo a causa de sus intrincados viajes. Nunca fue un hombre de echar raíces pero su estela sigue presente allá donde pisa.

—Entonces eso significa que si podré emprender mi viaje hoy mismo, ¡Genial! —Grité eufóricamente. No me enorgullecía que gracias a las palabras de padre obtuviera un permiso que de otra manera hubiese sido imposible, pero... ¡qué demonios! Estaba demasiado contento como para darle vueltas al asunto.

—Siento decepcionar a tu padre... y a ti pero en estos momentos no dispongo de ninguna criatura disponible, tendrás que esperar un tiempo.

Vale, eso no me lo esperaba. Daba gracias a Arceus de no poder ver la cara de lerdo que se me habría quedado al oír aquellas palabras pero no quería rendirme, estaba completamente seguro que habría alguna solución y justo cuando me iba a acercar al profesor para suplicarle un rayo sacudió la habitación de un extremo a otro desgarrando la mesa que nos separaba en dos cuyo culpable se manifestaba sobre la barandilla del segundo piso, gruñendo. Su pelaje amarillo, su cola zigzagueante que emitía unas chispas igual de intensas que las de sus mejillas rojas y unos colmillos afilados junto a sus orejas puntiagudas curvadas hacía atrás adoptaban una figura imponente a pesar de ser una criatura tan pequeña.

—Ahí estaba ese pequeño malnacido, deja ya de destrozarse todo y baja de una santa vez —ordenó Oak, enfurecido—. Desde esta mañana no has parado de atosigar a los visitantes y golpear a nobles e impolutas criaturas.

—¿Cuál es su nombre? —pregunté sin dejar de observarle, su mirada agresiva también la compartía conmigo a pesar de no haberle visto nunca antes, ¿de dónde procedería semejante odio?

—Su nombre es Pikachu, un pequeño ratón eléctrico que como has podido comprobar almacena su electricidad en las bolsas rojas de sus mofletes. Ha sido un incordio desde que llegó esta mañana, no hay manera de buscarle un lugar acorde a su duro carácter.

—Pikachu será mi compañero, le quiero a él. —La respuesta escapó de mi garganta por inercia. Sorprendido, Pikachu me devolvió la mirada y saltó a un trozo de madera más cercano que sobresalía de la mesa.

—Pikachu no es una de las criaturas que ofrecemos a los que inician su viaje —comentó Oak intentando pillar a la traviesa criatura que no paraba de zafarse—. Además, detesta regresar al interior de su ball.

—Eso no es ningún problema, deseo que vea conmigo cada pradera, bosque, cueva o pueblo que visitemos, ansío que juntos podamos recorrer todo Kanto así como las demás regiones que nos esperen a lo largo de nuestra vida— Concluí mirando a mi futuro compañero.

—¿Estás totalmente seguro que deseas esto?

—Sin lugar a dudas, por favor profesor, permítame quedarme con Pikachu, se lo suplico— Rogué con una reverencia.

—Pues que así sea entonces.

—Pikachu, ¿Te gustaría venir conmigo?—Le pregunté con la mayor de mis sonrisas.

Y con una electrizante respuesta nos fulminó tanto al profesor como a mí.



CAPÍTULO 2: CONVERSACIONES INCÓMODAS

—Encuentro esto un poco extremo, incluso hasta maquiavélico...

La tensión en la sala de reuniones caldeaba y desanimaba un poco a los presentes. Muy pocas veces habían tenido la necesidad de encarar este tipo de informes y la crudeza que este mismo plasmaba en sus retinas.

La Asociación de Magos era el ente principal que regulaba los conocimientos y todas las formas existentes y conocidas de Taumaturgia en el mundo, pero “regular” era un verbo muy amplio, porque no solo ofrecía adiestramiento y conocimientos de las diferentes ramas que existen dentro de la llamada “Magia Moderna” sino también todo el amplio sentido de la palabra como la exterminación y caza de los Magus Desertores.

Pero el verdadero problema que se pintaba frente a todos los presentes—profesores y personas del alto mando dentro de la Torre del Reloj—era la aparición de un antiguo y defectuoso ritual que ya tenía muchos años de haberse extinguido: las Guerras del Santo Grial.

Fueron una serie de rituales que ya tenían casi quinientos años de haberse dado la primera guerra. La Asociación siempre mantuvo fuerte vigilancia sobre los sucesos acontecidos e incluso participación de miembros importantes, pero al ver que simplemente cada una de las guerras se derrumbaba como una torre de naipes, fueron poco a poco perdiendo el interés y dejaron de prestarle atención.

Pero de la misma forma se tomaron algunas molestias. Entre dos personas fueron al núcleo del problema y lo desactivaron para siempre logrando de esa forma sacarse todo un problema de encima de sus hombros. Pero al parecer, diez años después, alguien seguía intentando completar este loco ritual otra vez.

En realidad era muy simple: siete Magus elegidos se convierten en Maestros, estos invocaban a Espíritus de antiguos y famosos Héroeos que se convertirían en Sirvientes, estos lucharían hasta que solo quedara un ganador que recibiría un deseo sin ningún tipo de restricción.

Pero como ya habían dicho con anterioridad, era un ritual defectuoso así que carecía de una total credibilidad. Pero ahora habían cambiado las perspectivas, no porque quisieran; ahora estaban obligados a ello.

—Ciertamente es una pérdida lamentable la del Señor Belfaban, pero en verdad es una exageración el uso de su cadáver para enviar un mensaje... —un hombre de traje oscuro pero de colorida chaqueta carmesí y bufanda de color amarillo se mostraba particularmente indiferente—. La muerte de doce personas y un Magus es solo una forma de llamar nuestra atención.

—No es secreto que Rocco Belfaban tendría algunos enemigos y que también llevaba una reliquia muy rara, podría ser simplemente un atentado. —Un hombre de edad madura y de cabello rojo trataba de darle una perspectiva menos siniestra a tal atroz escenario—. ¿No cree que es una exageración el pensar que se trata de una nueva Guerra del Santo Grial El-Melloi?

—Por favor, no olvide agregar el “II” ya que no tiene sentido ser un sucesor si de la misma forma me llaman como mi predecesor. —Mostraba un particular énfasis en ser llamado “El-Melloi II”, ya que era un título nobiliario que había adoptado y era muy particular con el mismo—. Pero no podemos descartar la aparición de una nueva guerra...

—Entiendo sus temores Lord El-Melloi II. Sabemos la capacidad de las Guerras del Santo Grial y lo desastrosas que pueden ser. —La persona que había tomado la palabra era alguien extremadamente respetada dentro de la Torre del Reloj y que fungía como sub directora de la misma, Barthomei Lorelei—. Sabemos que su participación en la Cuarta Guerra fue traumática pero, ¿es tan necesario recalcar su peligrosidad?

—Hace ya más de veinte años, mi Sirviente y yo enfrentamos a poderosos y aterradores enemigos. Si no son controlados con premura, los daños y las muertes serían incontables; nosotros debemos poder evitar dichos desastres. —El hombre de cabello oscuro en verdad se veía muy serio respecto al tema en discusión—. Ahora, esta invitación de parte de los Einzbern...

Los Einzbern eran uno de los linajes más antiguos que practicaban la Alquimia y la Creación de Homúnculos, también fue parte de la trinidad —junto con los Tohsaka y los Makiri que cambiaron su apellido a Matou— que establecieron esta competencia. Ahora después de tantos años en silencio, lanzaban de forma tan altiva esta invitación: los Einzbern invitaban a la Torre del Reloj a participar en la Sexta Gran Guerra del Santo Grial.

La carta era muy explícita con su información. Una nueva guerra iba a comenzar y era menester de la Torre del Reloj el participar en este torneo; los directivos tenían la suficiente confianza al tener a un antiguo Maestro que pudiera orientarlos, pero este nuevo cambio de reglas los había dejado preocupados.

Ahora en esta guerra existían dos bandos que contarán con siete Maestros y siete Sirvientes cada uno, si antes una Guerra del Santo Grial era demasiado, al doblar los factores simplemente se convertía en una hecatombe incontrolable.

—Debemos prepararnos para esta guerra. Según la carta, aún faltan unos seis meses para que comience, por lo cual debemos buscar a Maestros adecuado. —Lorelei no se sentía particularmente interesada en todo este tema y era por eso que había buscado hacer esta reunión con un antiguo participante de la guerra y el jefe del Departamento de Invocaciones—. El-Melloi II, ¿los Maestros debemos elegirlos nosotros?

—El Sistema del Grial designa a los Maestros, pero tomando en cuenta de que esto es un trabajo interno de los mismos Einzbern, debemos pensar que existen dos bandos: el nuestro, que es la Torre del Reloj, y el propio bando de los Einzbern. —Lord El-Melloi II, el cual tenía el nombre Waver Velvet, actuaba en un papel de orientador y consejero—. Seguramente los Sellos de

Comando se manifestarán pronto en los elegidos, solo debemos encontrar los catalizadores necesarios.

—No deben preocuparse de ello, tengo objetos de muy alta calidad que podríamos usar para esta guerra—. Bram Nuada-Re Sophia-Ri estaba muy seguro de los artículos que tenía en sus haberes, incluso podían usar la colección del difunto Rocco Belfaban, que ahora eran parte de las propiedades de la Asociación—. Tendremos esta guerra asegurada.

—Primero quiero que estemos claros respecto a todo lo que conlleva participar en este tipo de rituales. ¿Cuál es nuestra posición respecto a todo esto? —El-Melloi estaba particularmente interesado en cuáles serían las decisiones que la directiva de la institución estaba dispuesta tomar—. ¿Qué haremos si logramos tomar el Grial?

—Pensaba que estarías claro en nuestra posición, El-Melloi II. —Lorelei en realidad nunca estuvo particularmente interesada en todo lo que ocurría a su alrededor y todo esta palabrería respecto a un ritual defectuoso simplemente eran formalidades—. Por nuestro propio desinterés han ocurridos diferentes incidentes donde se han tratado de replicar este ritual, han puesto en peligro el anonimato de la Asociación de Magos. Pensamos que al dismantelar el Núcleo en Ciudad Fuyuki todo se acabaría, pero todo fue solo una bomba de humo.

La Sub Directora de la Torre del Reloj se levantó de su asiento con una expresión seria y digna de su posición. Ahora la Torre del Reloj había decidido tomar una posición sólida respecto a todo este ritual tan extremo y ahora actuarían con la veracidad que necesitaba.

—La Asociación ganará esta Guerra del Santo Grial y nos quedaremos con este artefacto, desde este momento esta guerra ya ha sido decidida por nosotros, los errores no son permitidos. —Sin más a que hacer referencia ella comenzó a retirarse de la sala de reuniones ante la mirada de ambos hombres—. El-Melloi II y Bram dejo lo demás en sus manos, ahora, con su permiso...—

Ambos hombres observaron a la dama abandonar el lugar dejándolos solos. Ellos se mostraron un poco aliviados ya que nunca era cómodo el poder hablar con alguien tan especial como Barthomeloi Lorelei y su particular forma de ser.

—En verdad que las mujeres son aterradoras El-Melloi II... —Con una suspicacia y un poco de picardía Bram le sonreía a su compañero de trabajo—. Las mujeres son bastante problemáticas y un poco difíciles de entender. ¿Es por ello que todavía sigues soltero? Aunque no te culparía.

—Esas son cosas que no son de tu interés Bram, ahora ve a buscar los catalizadores, yo por mi parte buscaré a los Maestros. —Sacó de su chaqueta un cigarrillo que colocó entre sus labios. Particularmente tenía sus reservas al ver que la Asociación decidía poner manos en el asunto—. Este apenas son los preparativos de la guerra...

Tenía la vista puesta sobre la fogata que brindaba calidez a la habitación, ya que la temperatura fuera de los muros del castillo era muy diferente. Una fuerte y atronadora tormenta de nieve golpeaba el bosque.

Ya habían pasado pocos días desde que hizo la entrega del mensaje del Viejo Acht, seguramente todos a su alrededor estarían preparándose para esta nueva guerra. Había podido pasar desapercibido; aunque la noticia no tardó en hacerse pública, fue una alerta para muchas personas al considerarlo un atentado terrorista.

Ahora solo debía esperar algunos meses para dar comienzo a todo. Encontró una decisión de su maestro como un juego, había decidido transferir el Núcleo del Gran Grial nuevamente hacia Ciudad Fuyuki en Japón. Era algo que particularmente podía considerarse una tontería.

¿Por qué no efectuar la guerra aquí o en otro país o ciudad? Al parecer, era una especie de capricho que ese homúnculo anciano quería cumplir, al parecer no sabía aceptar la derrota en ninguna de sus formas.

El proceso para transferir todo el Prana y el mismísimo Núcleo tardaría aproximadamente unos tres o cuatro meses, pero el Gran Grial como tal, era solo una gran concentración de Prana y carecía de forma. Aún necesitaban el medio para manifestarlo en este plano existencial y poder abrir la puerta hacia el Akasha.

El Grial Menor...

Era el recipiente donde las almas de los Espíritus Heroicos derrotados eran contenidos. Al alcanzar la cantidad de seis para poder manifestar el Grial en el mundo material, tomando en cuenta de la gran cantidad de Sirvientes en la lucha, significaba simplemente que la magnitud del deseo sería proporcional a la cantidad de Prana que sostenga el Grial Menor.

Arthurus estaba pensando exactamente en ello. Para la creación del Grial Menor se usaba un tipo especial de Homúnculo, con los Circuitos Mágicos más puros y poderosos, este recibiría el alma de los Espíritus Heroicos y poco a poco se consumiría; en resumen, el anfitrión moriría.

—Arthurus, ¿estás preocupado?

Aquella pregunta le hizo volver a poner los pies en la tierra y observó hacia sus espaldas. En el centro de la habitación había una gran cama de la más fina madera y tela junto a gruesas sábanas blancas, había alguien que estaba recostada en dicha cama.

Era una joven muchacha, en verdad que era joven, su apariencia no sería diferente a la de una adolescente, pero la realidad es que ella era un homúnculo. Su largo cabello blanco era ligeramente ondulado, con algunos largos mechones que caían frente a su rostro.

Sus ojos eran rojos muy brillantes pero se notaban agotados y hundidos, su semblante se veía enfermizo y agotado, como si algo la fuera consumiendo poco a poco pero ella actuaba como si no tuviera nada malo consigo misma.

Su vestimenta era un largo pijama de color blanco sencillo y entre sus manos traía un libro que le gustaba leer mucho; se sentía muy atraída por la lectura en general. Arthurus se acercó hacia la joven y tomó asiento a su lado. Ella, al verlo, sonrió con suavidad.

—Te ves cansado Arthurus, deberías descansar un poco. —La muchacha había dejado su lectura a un lado para centrar toda su atención en el adulto presente en la sala—. ¿Hay algo que te preocupa?

—No es nada Aria, es solo que he estado pensando en muchas cosas y me ha causado dolor de cabeza. —Aunque su expresión de seriedad no se había desvanecido, su voz había tomado un tono ligeramente más condescendiente—. ¿No te sientes cansada? Recuerda que no debes hacer muchos esfuerzos.

Esa pequeña muchacha se llama Ariasviel Von Einzbern y en su momento fue uno de los mejores experimentos creados por el Viejo Acht; un homúnculo diferente a otros. Para su creación, encontró los mejores materiales y los mejores Circuitos Mágicos, su crecimiento acelerado permitió que en un periodo de tan solo cinco años llegara a la madurez.

Un futuro se pintaba de forma espléndida para Aria, pero todo esto fue truncado cuando se le encontró un defecto imperdonable: emociones. Este Homúnculo tenía la capacidad de sentir

emociones tal cual humano, amor, felicidad, tristeza, ira, miedo, todas las emociones que un humano podía sentir y manifestar.

Este fue una decepción porque era sabido para los Einzbern que las emociones simplemente eran un limitante de las capacidades mágicas, solo la distraerían y complicarían su adiestramiento, tanto potencial se desperdiciaría sin siquiera probarlo.

Pero, como un milagro, hace dos años atrás la llegada de Arthurus al castillo Einzbern resolvió su problema. Recordaba perfectamente que había llegado más como un cadáver que como una persona.

Recordaba que había obtenido lesiones mortales, muchos de sus órganos se encontraban dañados y severamente lastimados, el anciano había logrado salvarle al trasplantarle órganos hechos con alquimia a su cuerpo. Pero la realidad era mucho más simple.

Le habían salvado la vida trasplantándole los órganos de Aria a Arthurus. Para poder preservar la vida de Aria decidieron usar órganos de más baja calidad, por lo cual el mantenerla aún viva y no descartarla simplemente era por un pedido de Arthurus, pero solo sería algo eventual antes de que en verdad ella fuera desechada.

—No te preocupes por mi Arthurus, no he tenido más decaídas desde hace tiempo. —Ella le sonreía con suavidad al adulto, este se mostraba serio pero ella podía leer sus intenciones y pensamientos con solo ver a través de sus ojos—. Pareces en verdad angustiado. ¿Qué es lo que pasa?

—La Guerra del Santo Grial comenzará en pocos meses. No me preocupa el luchar contra otros Magus, estoy acostumbrado a ello —el hombre de blanco cabello se sinceraba con Aria; había un vínculo que los mantenía fuertemente unidos—, pero no sé si este es el resultado que quiero.

Ella sabía a qué se refería. Para poder invocar el Gran Grial, se necesitaba encontrar el artefacto que contendría el alma y Prana acumulado de los Espíritus Heroicos que fueran cayendo en el transcurso de la guerra y quien desempeñaría aquella tarea sería ella.

El Señor Jubstacheit le había dicho que ese sería su mayor tarea, convertirse en el artefacto más valioso en todo este ritual. En su momento sabía que Arthurus se había opuesto pero fue la propia decisión de Aria el aceptar todo lo que conllevaba participar en esta guerra.

—Sé que tienes tus dudas respecto a todo esto, pero todo esto es por una buena razón. Fui creada para esto. —La joven de níveos cabellos se mostraba extremadamente conciliadora, tomaba todo con tranquilidad—. Soy una creación de los Einzbern, está en mi alma el sacrificar mi vida por el sueño de los Einzbern.

—Eso es una tontería, no puedes despreciar tu vida de esa forma. Ellos solo persiguen un fantasma que ya hace tiempo se ha negado a aparecer frente a ellos. —Arthurus se mostraba en verdad indignado ante la tranquilidad de Aria. Le causaba mucha furia como las cosas se pintaban en el panorama—. ¿Estás dispuesta a dejarlo todo porque ellos te lo ordenan? No lo entiendo.

—Y no es necesario que lo entiendas, yo soy un Homúnculo. No soy “alguien”, soy “algo”. Desde mi creación me convertí en una abominación y fui diseñada por un solo propósito: ser de utilidad para el Señor Jubstacheit. —Ariasviel con suavidad tomó la diestra de Arthurus, apretándola con gentileza—. Hay cosas de las que si me arrepiento. Nunca pudimos salir del castillo y ver el cielo azul que tanto me contaste y tampoco las estrellas, pero te agradezco lo que me has enseñado.

Ariasviel tenía muchos sueños que quedarían inconclusos. Siempre quiso salir del castillo, observar el nevado bosque que la rodeaba y poder conocer el mundo que tanto le había hablado

Arthurus, de las maravillas modernas, de aquellas personas tan diferentes y únicas, de todas aquellas comidas exquisitas. Pero lo que más quería ver era el cielo; quería ver las nubes y el azul que lo formaba, también quería ver la luna junto con las estrellas.

Pero ahora todo iba a quedar en promesas que nunca podrán cumplirse, ahora solo le quedaba la tortuosa espera de convertirse en el recipiente de esta guerra. Arthurus la observaba, decepcionado. No existía salida alguna para esto, simplemente tenían que obedecer las órdenes del anciano.

—Pero no puedo evitar tener miedo. Mi cuerpo tiembla ante la idea de que voy a morir, pero al mismo tiempo me da tristeza... —Algunas lágrimas llenaban sus ojos, el adulto presente podía ver su cuerpo temblar ante los angustiantes pensamientos—. Porque no sé si en verdad estoy “viva”.

—Lo estás. Para mi estás viva. —Arthurus se mostró muy seguro de sus palabras mientras ponía su mano sobre su pecho. Podía sentir su corazón latir con extremada fuerza. Aunque su rostro fuera inexpresivo, su voz transmitía perfectamente su resolución—. Porque gracias a ti yo lo estoy.

Ariasviel sonrió con ternura antes de acercarse y recostarse sobre el pecho de Arthurus. Ella escuchó como su corazón latía a través de su pecho golpeando con fuerza, el joven homúnculo se calmaba ante el ritmo de su corazón.

El adulto se mantuvo tranquilo, pero con suavidad rodeó a la joven de cabellos blancos. Se mantuvo en esa posición hasta que ella se calmara. Su mente continuaba pensando qué sucedería en los próximos meses; aunque esta guerra no haya comenzado, el sufrimiento no se hacía esperar.

Arthurus no podía entender como sacrificaban a tantas personas inocentes. ¿Acaso la vida les importaba tan poco? ¿Acaso carecían de humanidad y solo pensaba en lograr la Tercera Magia? No lo comprendía ni quería hacerlo, este mundo retorcido no tenía el mínimo sentido.

Pero ahora, debía tomar las cosas entre sus manos.

Después de su reunión con Aria y de manifestar una de sus muchas preocupaciones Arthurus se encontraba actualmente parado frente a una ventana en uno de los innumerables pasillos del castillo. La luna apenas era visible a través de las nubes y la nieve que siempre caía en esta montaña.

Poco a poco sentía que perdía su humanidad, su vida se perdía según pasaba cada día y se convertía en una máquina que obedecía órdenes, debía existir una oportunidad de rebelarse contra su maestro y obtener nuevamente su libertad.

Todo aquello que quería o buscaba proteger era despreciado y desechado por mano de ese anciano homúnculo, debía existir una manera de poder sabotear sus ambiciones y la nueva guerra sería el momento perfecto.

Pero eso nuevamente lo ponía en una posición particularmente delicada respecto a quienes serían sus aliados. Sabía que parte de la Facción Negra estaría formada por su persona, junto a otros Magus de la Asociación. Al parecer, el Viejo Acht sabía los recursos con los que contaban sus “aliados”.

Pero no era el caso de Arthurus. Seguramente lo perseguirían como cualquier criminal, incluso no estaría mal el pensar que podrían atacarlo por la espalda con solo una orden de los directivos de la Torre del Reloj. Estaba solo en un campo minado.

A menos que...

—Sé que estas cerca, recuerda que tenemos un trato. —Aunque parecía que hablaba a la nada, sentía perfectamente su presencia en el pasillo, la sentía desde que salió de la habitación de Aria—. Materialízate, Saber.

Una bruma brillante de color verdoso comenzó a arremolinarse a un lado de Arthurus tomando una forma humana, era de gran altura incluso más que la del hombre de traje oscuro, su aura era poderosa, incluso opresiva pero no era maligna ni malintencionada. Incluso, su cuerpo emitía una especie de fulgor verdoso de forma inconsciente.

Su cabello era largo y plateado que fluía por su espalda, su tono de piel era muy moreno. Sus ojos eran de un color verde brillante, su expresión era seria pero tranquila. Usaba un gran traje de color negro junto con detalles rojos pero usaba partes de armadura que cubrían sus brazos, hombros y piernas aunque llevaba su pecho al descubierto, pero en este existía un gran tatuaje que emitía aquel brillo verde.

A sus espaldas llevaba una gigantesca espada que se notaba que no era un arma terrenal, no solo por su belleza sino por el aura que emitía. Incluso cualquier Magus podría sentir cómo un extraño pulso de Prana era emitido de su hoja, aún sin estar esta desenvainada.

—Lo siento Master, no debí escuchar asuntos tan privados como aquel. —Su voz era tranquila pero se notaba un poco melancólico, pero en verdad era alguien en quien confiar—. ¿Algún motivo para el cual me ha llamado?

—Ninguno en particular. Simplemente necesito un poco de compañía. —El hombre de ojos dispares miró de reojo a su Servant. Gracias a ese catalizador que había obtenido de las ahora frías manos de Rocco Belfaban y con un poco de ayuda de los Einzbern, pudo invocar un Servant de la Clase Saber que, según había escuchado, destacaba por ser la más poderosa—. Pero es necesario que hablemos un poco, solo cruzamos palabras para establecer el contrato.

—Es cierto Master. Pensé que en su momento se sintió decepcionado de mi aparición y por ello no quería dirigirme la palabra. —Aunque era una especie de acusación, Saber se mostraba muy tranquilo y respetuoso con su Maestro—. Debo disculparme si lo he decepcionado de alguna manera.

—Para nada, yo soy quien debe sentirse decepcionado. Tener un Maestro tan poco glorioso y justo comparado contigo—. Arthurus se sentía particularmente aliviado al saber quién era el Espíritu Heroico que estaba a su lado acompañándolo. Sabía qué tanta fidelidad le tenía—. Estamos a punto de comenzar una guerra como nunca antes, y yo particularmente me siento nervioso.

—Ninguna guerra es un juego Master. Es normal que hasta el hombre más valiente se sienta nervioso—. Saber era alguien tranquilo y su forma de hablar era tranquilizante—. Solo podemos estar preparados para todo lo que vaya a ocurrir a futuro.

—Entonces nos espera un futuro desesperante, no hemos comenzado la lucha y ya comenzaron las pérdidas. —Arthurus cuestionaba el verdadero poder del llamado Grial, un milagro o una catástrofe—. ¿Encontraste una forma de sobrellevar esto? ¿O simplemente no hiciste nada?

—Participé en muchas guerras y campañas donde las pérdidas de ambos bandos siempre han sido dolorosa para todos los seres queridos y conocidos. Por eso en un momento traté de ayudar a todo el mundo, para evitar que sufrieran. —El hombre de la gran espada mantenía una expresión serena, pero había cerrado los ojos al recordar las grandes hazañas que llevaba a sus espaldas—. Pero eventualmente algunas de mis acciones e inacciones provocaron sufrimiento y dolor a quienes me necesitaban.

—¿Estás diciendo que la humanidad esta predispuesta al sufrimiento? Es una mirada bastante oscura... —Arthurus se cruzó de brazos pensando las palabras que su Servant había dicho—. Entonces no importa que acciones se tomen, todos en mayor o menor medida seremos villanos.

—Lo siento si me he dado a entender erróneamente, pero los humanos siempre juzgaran las acciones que se han hecho y de una forma u otra todas serán malvadas. —Saber no tenía intenciones de ofender a su Master pero era una conversación donde muy pocas veces manifestaba sus intenciones—. Pero es cuando las intenciones de las personas cuenta si se hace por un motivo de peso o simplemente por banalidad.

Arthurus podía entender lo que significaban sus palabras. Lo que creía y por qué lo hacía era lo que definía el verdadero peso de los hombres; aunque la sociedad lo encontrara como algo malo, en esencia no lo era, simplemente era perspectiva.

Era como si una persona en defensa propia asesina a otra persona legalmente estaba cometiendo un crimen a quitarle la vida a otro ser humano, pero desde la perspectiva de la víctima simplemente estaba defendiéndose de quien quería hacerle daño. ¿Es entonces alguien malvado o solo actuó según las circunstancias?

Una guerra no solo era un conflicto entre dos bandos, sino también el conflicto contra diferentes situaciones o mentalidades que se ponen a prueba. Todos los ideales y pensamientos tienen un peso y aquel que se encuentre más aferrado en el espíritu y alma de soldado es el que prevalecerá.

Pero existían pensamientos que mortificaban a Arthurus en gran manera: en esta guerra pelearía en honor de los Einzbern, las mismas personas que no solo le han quitado su humanidad y lo han convertido en su heraldo, pero de igual manera tiene la posibilidad de luchar por lo que él cree y sostiene.

Este era su dilema: ¿lucharía por su deber o por su creer?

—Dime Saber. ¿Cuál es tu deseo para el Grial?—las cejas del Servant se levantaron levemente a esta pregunta, no pensaba que su Master tuviera una particular curiosidad a su deseo, tomando en cuenta las pocas palabras que cruzaron—. Debes tener un deseo muy grande para responder al llamado del Grial.

—Es verdad que tengo un deseo que quiere ser cumplido, pero supongo que aún no es el momento de que lo sepa. Lo siento —el hombre de la espada se mostraba muy reacio a hablar de aquello que desea más—, le aseguro que mi deseo no será un obstáculo para usted y quiero que perdone mi impertinencia pero, ¿cuál es su deseo para con el Grial?

Arthurus lo miro de soslayo, pero después volvió a ver la ventana frente a él. Podía ver su reflejo, su cabello blanco fantasmagórico, aquellos ojos dispares que ya no expresaban nada como antaño. Apretó con fuerza aquella mano derecha que no le pertenecía; ver su reflejo le generaba extrema incomodidad y rencor.

—Yo... tengo un deseo, solo tengo uno. —Arthurus respiró profundo antes de volver a centrar la visión sobre su Servant. La poca luz de la luna iluminaba ligeramente su rostro en un halo espectral, dándole una seriedad y aire poderoso a la faz de su Master—. Mi deseo es... destruir a la Familia Einzbern.

Continuará...

VAMPIRES & ZOMBIES in FEARLAND

CAPÍTULO 2: EL VAMPIRO GOURMET

—Agárrate fuerte a mí, William— me pidió Cindy con celeridad.

—No tenemos tiempo para esas cosas, Cindy. Hay que escapar de aquí antes de que la turba de vampiros, que por motivos que no alcanzo a comprender está furiosa conmigo, nos cace— dije con desesperación.

—Idiota— bufó con resignación Cindy antes de agarrarme con firmeza y dar una patada al suelo tan poderosa que derrumbó medio castillo del impacto. El impulso hizo que saliésemos volando por la ventana. Tras unos cuantos kilómetros de aérea trayectoria aterrizamos en un claro que estaba en la mitad de un bosque frondoso. La fuerza que empleó la zombie con sus piernas para amortiguar la caída provocó un boquete en la superficie similar al que hubiese producido el impacto de un meteorito.

—Tendrías que haber avisa...— vomité sobre los zapatos de Cindy.

—Lo importante es que estamos a salvo— Cindy me miró con asco— Solo nos hemos clavado unos cuantos cristales pero como no somos capaces de sentir dolor no pasa absolutamente nada— se encogió de hombros con indiferencia.

—Eso serás tú, maldita zombie descerebrada— me quejé profusamente mientras mi espalda sangraba a borbotones.

—Lo siento, a veces me olvido de que eres humano— se disculpó Cindy con sinceridad.

—Esta es una madriguera bastante considerable para una presa tan insignificante— escuché una pedante voz a mis espaldas.

Me giré para ver quién era el tipo que se había sumado de manera repentina a nuestra conversación. Entonces vi como un vampiro con andares de esnob y un flequillo pelirrojo que le tapaba el ojo izquierdo se acercaba hacia nosotros. Mediría un metro noventa y era de complexión delgada. Vestía un frac de color negro, un monóculo y un sombrero de copa, y portaba en su mano derecha un bastón curvo al cual no paraba de darle vueltas como si de un tiovivo se tratase.

—¿Quién eres?— pregunté disimulando mi preocupación.

—Es el conde Volkswagen, líder del sector Este J de Fearland y noveno miembro en jerarquía de los Diez Vampiros Supremos— respondió Cindy por él.

—¿Cómo sabes eso?— me sorprendí de los conocimientos de cultura general que poseía mi amiga.

—El otro día lo vi en la plaza del pueblo preguntando por ti. Al parecer es el miembro de los Diez Vampiros Supremos que más está interesado en encontrar tu cabeza— contestó Cindy con despreocupación.

—Tú y yo tenemos un serio problema de comunicación, ¿verdad?— le dije a Cindy bastante irritado.

—Tienes que ser tú— el conde Volkswagen sacó mi cartel de “Se Busca” y le dio un baboso lengüetazo que se alargó durante unos cuantos segundos para incomodidad mía. Después desapareció de mi vista y se personó detrás de mí repitiendo el mismo proceso que había realizado con el cartel pero esta vez en mi cara— Sí, eres tú— confirmó satisfecho.

—Qué repelús— no pude evitar exhibir una mueca de desagrado.

—He ansiado tanto este momento— el conde Volkswagen se contorsionó de placer de una manera políticamente incorrecta.

—Cindy, ayúdame— pedí auxilio a mi zombie. Sin embargo, cuandoladeé mi cabeza vi una estela de humo con la forma de Cindy en el lugar donde hasta hacía poco se encontraba la zombie.

—Estamos solos— me susurró Volkswagen con cierto erotismo.

—Podemos hablar como personas civilizadas...— intenté razonar con él pero tapó mis labios con su dedo índice.

—Espera un momento— me dijo Volkswagen mientras buscaba algo en los bolsillos de su frac— Aquí está— sacó un spray con el cual roció mi cara.

—¿Qué es?— pregunté.

—Un anestésico; puede que esto te duela un poco...

Lo último que recuerdo fue la imagen del puño de Volkswagen reflejándose en mi pupila. Después desperté en un oscuro calabozo custodiado por dos guardias vestidos con extravagantes armaduras. La celda era un zulo de dos metros cuadrados que contaba con unas rejas de acero inoxidable que poco invitaban a la huida.

—¿Dónde estoy?— fue lo primero que balbuceé cuando recuperé la consciencia.

—Estás en el calabozo del castillo del conde Volkswagen. Ahora mismo el conde se encuentra de viaje por asuntos relacionados con su membrecía al Consejo de los Diez Vampiros Supremos pero cuando vuelva me ha dicho que se encargará de ti... personalmente— me respondió con sadismo uno de los guardias que respondía al nombre de Eduardo.

Lo único que pude hacer fue tragar saliva y esperar a la llegada del vampiro que decidiría mi destino. Para mi sorpresa, el rancho que servían a los reos en ese lugar era de muy alta calidad. Incluso estaba comiendo mejor que cuando vivía en mi cochambroso castillo así que no guardé queja alguna al respecto. Para divertirme, charlaba alegremente con mis carceleros para placer de estos. Al cabo de unos días me enteré del suicidio de uno de ellos. Había dejado una nota en la que culpaba a un prisionero en exceso parlanchín de quitarle las ganas de vivir. Sentí pena por él. No sabía que estaba custodiando a otro recluso aparte de mí.

Al principio de la semana siguiente me enteré del regreso del conde Volkswagen a su lujosa morada. Vino a visitarme en persona para invitarme a cenar esa misma noche. Se había engominado el pelo echándose todo hacia atrás, lo que le otorgaba un aspecto más pedante del habitual. Se fue por donde había venido contoneando sus caderas hacia ambos lados en unos andares que yo calificaba como los de un pato mareado.

Sus sirvientes me llevaron a un cuarto de baño para que me deshiciera del hedor que se había impregnado en mí y en mis vestimentas estos últimos días. Me duché, me acicalé y me vestí con unos lujosos ropajes que me había ofrecido un mayordomo al que parecía que le habían metido un palo de escoba por el trasero.

—Qué buenas atenciones. Así da gusto ser prisionero— sonreí mientras ajustaba mi pajarita en frente del espejo del cuarto de baño.

—Métase aquí— me ordenó el mayordomo después de que terminara de asearme.

—¿Qué es?— pregunté con curiosidad.

—Es una litera que le llevará al comedor— contestó el impertérrito mayordomo.

—Pues a mí me parece una bandeja de plata gigante— me sentí confundido por ese particular quehacer en el protocolo.

—Lo es— asintió el mayordomo.

—Qué curioso. Me siento como si fuese comida— respondí una vez que me hube sentado en la bandeja de plata. Después, taparon la bandeja con una argentífera campana dejándome totalmente a oscuras.

Cuando por fin volví a ver la luz estaba encima de una mesa rectangular alargada cubierta por un mantel de color crema en mitad de un colosal salón. Los enormes ventanales del comedor dejaban entrar la luz de la luna pero esta era absolutamente innecesaria debido a que una lámpara de araña gigantesca alumbraba todo el salón con eficiencia. Alfombras persas adornaban los suelos y cuadros de personajes importantes ornamentaban las paredes. Un aura aristócrata emanaba de aquella lujosa estancia.

En frente de mí se encontraba sentado el conde Volkswagen con un plato vacío y siete tipos distintos de cuchillos y tenedores. Un sirviente le estaba vertiendo algo de sangre en una copa de oro engarzada con diamantes de muchos quilates. Volkswagen aspiró el aroma de la sangre y alzó su copa unos cuantos centímetros sobre su cabeza zarandeándola con suavidad.

—Tiene una buena lágrima— dijo Volkswagen antes de dar un ligero sorbo a su copa.

No quise contrariarle diciéndole que para comprobar la lágrima la copa tenía que ser transparente ya que debido a la opacidad del metal no se podría apreciar bien el contenido, a no ser que tuvieses una visión de rayos X, pero no quería ser descortés con mi pedante anfitrión.

—Mucha gente está realizando la ignominiosa labor de ir en tu búsqueda en este preciso momento, William Waster. Unos lo hacen por dinero, otros por fama, y los más ingenuos como un servicio a la comunidad de vampiros de Fearland. Cuan sorprendido estoy de lo oligofrénicos que pueden llegar a ser los de mi especie— comentó Volkswagen indignado mientras acariciaba un cuchillo de carnicero que había sacado de debajo de la mesa.

—Tienes razón excelentísimo conde Volkswagen. Mira que ir detrás de una persona tan increíble como yo. Deberían darme el vampinobel de la ciencia por haber creado una nueva especie... y de paso el vampinobel de la paz por contribuir a la diversidad cultural de Fearland... y también el vampinobel de literatura por la lista de la compra que escribí para crear a los zombies — saqué mi lista del bolsillo— Partes de cadáveres de humanos, sangre vampírica, electricidad, algo perfume para disimular el hedor de la descomposición y pocos escrúpulos— recité.

—Eres un humano fascinante, William Waster. Alguien que estuviera en su sano juicio no hubiese creado una raza de zombies con semejante capacidad de destrucción— el conde Volkswagen bebió de su copa con mesura.

—Muchas gracias.

—No era un halago. Sin embargo, el principal motivo por el que encuentro ilógica tu búsqueda son las motivaciones tan vanas de tus perseguidores. Cuando me enteré de que había un superviviente de la raza humana en Fearland lo primero que se me vino a la cabeza era que tenía que ser mío. Hace años que no pruebo un bocado de deliciosa, jugosa, maravillosa, esplendorosa, olorosa, parsimoniosa, supercalifragilisticoespialidosa carne humana— los ojos del conde Volkswagen daban vueltas a medida que parecía que tenía un orgasmo.

—Es bueno hacer dieta— una gota de sudor resbaló por mi frente.

—Disfrutemos de la comida, William Waster— el conde Volkswagen me cortó la mano izquierda con un preciso tajo con su cuchillo de carnicero.

Un grito tarzanesco salió de mi garganta y me retorcí de dolor sobre la mesa tiñendo de rojo el mantel color crema. Pronto unos sirvientes del conde Volkswagen acudieron en mi ayuda anestesiándome y tratándome la herida. El conde desapareció de mi vista durante aproximadamente media hora. Después volvió con una bandeja de plata tapada por una campana. Se sentó sobre la mesa y preguntó sobre mi estado de salud.

—Ya me encuentro mejor— respondí al mismo tiempo que observaba con amargura mi zurdo muñón.

—Me invade la dicha al observar tu presta mejoría— el conde Volkswagen destapó la bandeja exponiendo mi mano izquierda troceada y horneada, rodeada de condimentos en una presentación sumamente exquisita. El aroma de la cena del vampiro era tan irresistible que hizo que mi estómago profiriera unos impacientes ruidos.

—¿Qué es ese olor? Es una mezcla de perejil, pimienta y jengibre y percibo un ligero toque ácido que solo un chorro de limón puede otorgar— olisqueé el delicioso plato.

—Qué grata sorpresa. He aquí un entendido en las artes culinarias, ¿quieres probar un poco?— me ofreció Volkswagen.

—Por supuesto— me relamí la boca deseoso de probar el manjar.

—Pero siempre después de mí— el vampiro se llevó una de las falanges de mi dedo meñique a su boca. Puso los ojos en blanco al mismo tiempo que una expresión enigmática se le dibujaba en el rostro— Mis papilas gustativas se estimulan al son de los condimentos que bailan entre sí con una excelsa armonía digna de las deidades más ostentosas. El tiempo de cocción es tan perfecto como el retrato que tengo de mí mismo en el salón... ¿Qué es esta sensación que siento en mis pantalones?— Volkswagen se levantó de su silla exhibiendo una mancha típica de un eyaculador precoz en su entrepierna— ¡Es éxtasis!— gritó con ambos brazos en alto como si estuviese celebrando un gol.

Mis ganas de ingerir ese alimento fueron en aumento al ver la pervetida reacción del conde Volkswagen. Para mi fortuna, ese momento no se hizo esperar.

—Toma un poco, querido — el conde Volkswagen introdujo una porción de mí dentro de mí. La imagen de él dándome de comer con su tenedor directamente en mi boca mientras yo tenía

ambas manos atadas podía dar pie a numerosos malentendidos para un espectador que acabase de llegar.

—Noto como la comida me folla duramente y sin protección la boca y el pasar del alimento por la garganta fuese una corrida del negro del Vapsapp después de un intenso bukake— describí sin omisión de detalles la sensación que me había producido la exquisitez de ese plato.

—Tu descripción es más ruda que la mía pero en cierto modo es más divulgativa. Como premio te daré un par de trozos más de “Mano de humano en su propia sangre” que tan gustosamente he preparado para la cena. Dí “aaaah”— el conde Volkswagen pinchó otra vez del plato.

—No soy digno de tal honor— le hice la pelota al conde para ver si se estiraba y me ofrecía algo la palma de la mano que a mi parecer era la parte que lucía más sabrosa.

—Muchos vampiros te hubiesen engullido de una sin ni siquiera cocinarte. ¡Qué desperdicio de vampiros aquellos que se dejan llevar por la gula! Un paladar poco fino es un gran impedimento para deleitarse de uno de los mejores placeres de esta existencia. Yo prefiero disfrutar del último humano de Fearland como es debido. Probaré cada uno de mis métodos de cocina con tu cuerpo y los restos que no sirvan los usaré para hacerme un kebab— al conde Volkswagen se le hizo la boca agua.

—Es usted un hombre sabio— dije tras tragar mi segundo bocado.

—¿Sabes una cosa? Como autoproclamado aristócrata que soy la cocina no es una tarea digna de mi estatus pero mi pasión por las artes culinarias es tan ardiente que es la única motivación que hace que me rebaje al nivel de los plebeyos. Gracias a ello he adquirido el sobrenombre del “vampiro gourmet”— explicó el conde Volkswagen antes de echarse un trozo de William Waster a la boca— Por cierto, ¿qué te parece el toque que le aporta el limón al acabado?— me preguntó.

—Me parece sublime, mi señor— le empecé a tratar como mi amo— Sin embargo, hay una leve discrepancia que guardo respecto a uno de los ingredientes del plato— me puse en plan exquisito.

—¿Cuál?— el conde Volkswagen me fulminó con su mirada pero yo continué con lo que había empezado en un alarde de valentía.

—El jengibre sobra absolutamente del plato— sentencié.

El conde Volkswagen ingirió cuidadosamente un dedo y lo mantuvo en su boca saboreándolo durante una cantidad bastante considerable de segundos. Un destello refulgente se vio reflejado en las pupilas de sus ojos.

—Tienes razón. Es como si en una gran orquesta uno de los integrantes fuese un par de notas más adelantado que el resto— dijo malhumorado.

—Es como si uno de los participantes del bukake se corriera antes de tiempo— le di la razón al conde Volkswagen.

—Me fascina tu sinceridad. Ninguno de mis sirvientes hubiese tenido el atrevimiento de contrariarme ni aunque hubiese percibido semejante falla en mi plato. Lo he decidido, de ahora en adelante serás mi asistente en la cocina. Charles, puedes soltar al prisionero. Desde ahora se convertirá en otro de mis valiosos empleados... aunque sea de manera temporal— ordenó el conde Volkswagen.

—¿Cómo que de manera temporal?— pregunté.

—Hasta que mueras— respondió el conde Volkswagen.

—¿Y cuándo será eso?

—Pues cuando tu cuerpo esté completamente descuartizado... digamos que un mes— estimó Volkswagen.

—Prometo no defraudarle, mi señor— besé la mano del conde de manera reiterada para mostrarle mi eterno agradecimiento.

—Puede retirarse, William Waster— me echó el conde Volkswagen.

—Por cierto, respecto a mis honorarios...— tosí un par de veces para hacerme notar.

—¿Cuántos vampirarios a la semana quieres?— bostezó el conde.

—No quiero dinero sino el veinticinco por ciento de lo que usted cene— exigí con férrea determinación.

—¿Un veinticinco por ciento de ti mismo como pago? Eso es un abuso— se ofendió Volkswagen.

—Es mi cuerpo y tengo derecho a decidir sobre él— me defendí.

—¿Qué clase de sinsentido es ese?— se irritó el conde.

—¿Yo qué sé? Es una monserga que me soltó Hermenegilda— me encogí de hombros.

—¿Hermenegilda?— preguntó Volkswagen bastante confuso.

—Sí, es lo que me dijo cuando intenté convencerla de que me hiciera de lámpara en el despacho. Mi plan era que sostuviera una bombilla entre sus dientes mientras yo le metía un cable de alto voltaje por el recto hasta llegar a su cavidad bucal para que hiciera el contacto con la bombilla. Los zombies no sufren por la electricidad. Era perfecto. ¿Te puedes creer que se negara? —me enojé con tan solo recordarlo.

—Discutamos otro día mejor. Entablar una conversación contigo es algo bastante agotador. Creo que empiezo a entender la decisión del pobre Eduardo— suspiró el conde Volkswagen con cansancio.

Me fui de allí dispuesto a no cejar en mi empeño de obtener un poco más de mí mismo para cenar. Me alojaron en la habitación de empleados que había dejado vacante Eduardo que en paz descanse. No era mucho mayor que mi celda pero se estaba más cómodo y a priori parecía tener un orinal para que no tuviera que desplazarme en mitad de la noche para hacer aguas menores y mayores. Aún le debo a la ama de llaves un sombrero... y una disculpa si no hubiese sido tan borde conmigo. No es culpa mía que no compruebe el contenido de su sombrero antes de ponérselo en la cabeza.

—Comprobemos los ingredientes... cebolla— dijo el conde Volkswagen sin apartar su mirada de la lista.

—Listo— asentí con satisfacción.

—Aceite.

—Listo.

—Sal.

—Listo.

—Perejil.

—Listo.

—Romero.

—Listo.

—Carne.

—Listo— dije extendiendo mi brazo izquierdo— ¡AAAAHHHHH!— grité y no por la emoción.

El conde Volkswagen y yo seguíamos nuestra rutina culinaria de cada día. Como yo solo me dedicaba a asistirle en la cocina tenía mucho tiempo libre así que aprovechaba para ir a visitar la tumba de Eduardo al cementerio. Le hablaba sobre que echaba de menos nuestras conversaciones y de que iría a visitarle aunque fuera tan solo unas seis horas diarias todos los días que pudiera. Al día siguiente escuché el rumor de que un fantasma había aparecido ahorcado en el ciprés del cementerio que daba sombra a la lápida de Eduardo. No le di mucho crédito a los rumores porque... ¿cómo se puede ahorcar uno en un ciprés?

Los días pasaron y mi brazo izquierdo mermó. Para el domingo solo me quedaba el hombro, el cual el conde Volkswagen me encomendó tras mucha insistencia de mi parte. Sería la primera cena que iba a preparar en solitario así que no podía defraudar al primer vampiro que me había ofrecido un trabajo estable por primera vez en mi vida. Confiaba en mi instinto tras que el conde me dijese que “tenía muy buena mano para la comida”. No podía sentirme más halagado. Haría una cena dominical que no olvidaría en su vida. Incluso encargué algunos ingredientes que no hallé por ningún lado en las despensas. Todo saldría a pedir de boca.

—La impaciencia me está corroyendo por dentro— dijo el conde Volkswagen al verme entrar con la bandeja.

—Espero que la cena sea de su agrado, mi señor— le hice una reverencia.

—La verdad es que no deja usted de sorprenderme, William Waster. Cuando te dejé merodear por mi castillo con total libertad pensé que intentarías escapar de alguna manera pero veo que no ha sido así. Eres un sirviente muy bueno y leal— me felicitó el conde Volkswagen.

—No merezco tales halagos, mi señor— destapé la bandeja mostrando mi hombro cocido a fuego lento.

—La presentación es exquisita— el conde Volkswagen cogió su cuchillo y su tenedor dispuesto a degustar su cena pero el ruido de unos cristales rotos interrumpió su regocijo particular— ¿Quién osa destruir la cristalería de mi salón?— preguntó con ira contenida.

—Detén esta atrocidad, conde Volkswagen— un vampiro irrumpió en el comedor del castillo del conde tras romper los ventanales.

—Nadie te ha dado vela en este entierro, Reindhal— masculló Volkswagen.

—Aquí no va a haber ningún entierro. Me llevaré a William Waster conmigo te guste o no— dijo Reindhal con una férrea determinación.

—¿Conoces a este tipejo, mi señor?— le pregunté al conde sobre el vínculo que le unía con Reindhal.

—Ocupa la posición número diez en el Consejo de los Diez Vampiros Supremos— respondió Volkswagen con despreocupación.

—¿Este imbécil pertenece al Consejo de los Diez Vampiros Supremos?— me quedé patidifuso ante tal hecho.

—Necesito a ese humano de ahí para llevar a cabo mi proyecto— reiteró su propuesta Reindhal ignorando por completo nuestra conversación.

—¿Vienes por orden del Consejo?— le increpó Volkswagen.

—No— contestó Reindhal.

—Entonces no hay nada más que decir— el conde Folkswagen se negó a continuar hablando con Reindhal pero este no era un vampiro que se rindiese tan fácilmente.

—Estas últimas semanas he estado desarrollando en el sector Este K una ciudad donde vampiros y zombies puedan convivir de manera pacífica y necesito la ayuda de William Waster para que todas las razas de Fearland estén representadas en este proyecto. Vampiros, zombies y humanos; nada dicta que nos tengamos que pelear entre nosotros. Con una mentalidad abierta y buena voluntad podemos construir entre todos una Fearland mejor. De momento, tengo luz verde del Consejo de los Diez Vampiros Supremos para iniciar este proyecto aunque es verdad que me he callado lo de William Waster para no levantar heridas que siguen muy recientes— explicó Reindhal.

—No me voy a desprender de William Waster por una motivación tan quimérica— se negó el conde Folkswagen con rotundidad.

—Dejemos que decida él— Reindhal puso toda la presión sobre mí.

—Me quedo con mi amo y señor Folkswagen— decidí al instante.

—¿No ves que te está devorando poco a poco? ¡Te falta un brazo entero!— se asustó Reindhal al percatarse de que yo no estaba completo.

—Y no le culpo. Estoy tan bueno— me relamí mis labios con gula.

—Has usado alguna clase de encantamiento con él— le acusó Reindhal al conde Folkswagen.

—No he utilizado ningún tipo de control mental en William Waster... aunque esta vez no te culpo de pensar lo contrario— resopló Folkswagen.

—Mentiroso. Si no quieres entregarme a William Waster tendré que llevármelo por la fuerza— un brillo refulgió de la mano izquierda de Reindhal. Al instante un aparato de gimnasio que simula el ejercicio de un velocípedo se materializó en mitad del enorme comedor. El vampiro se sentó sobre él y empezó a dar pedaladas.

—El portal de teletransporte ha sido perfeccionado por lo que veo— comentó el conde Folkswagen con indiferencia.

—Espera y verás— Reindhal redobló el esfuerzo de sus pedaladas.

—Entiendo, piensas derrotar al conde Folkswagen con esa terrible arma que has teletransportado en mitad del comedor— dije después de analizar minuciosamente la situación.

—No, es una bicicleta estática— me respondió Reindhal.

—Entiendo, una bicicleta estática a la que se le ha incorporado las más recientes innovaciones en el campo de la balística— asentí.

—No, es solo una bicicleta estática.

—Entiendo, es un dispositivo camuflado que simula ser una bicicleta estática pero en realidad es una bomba atómica de última generación— lancé mi hipótesis al aire.

—No, es una bicicleta estática.

—Entiendo, es una...

—¡Qué es una puta bicicleta estática, coño!— me mandó a callar Reindhal de malas maneras.

—Ridículo— se enfadó el conde Folkswagen al ver su cena interrumpida de esa forma tan burda— Sirvientes, echadlo de aquí a patadas— al emitir esta orden decenas de vampiros se abalanzaron sobre Reindhal.

—Los preparativos ya están listos— sonrió el décimo miembro de los Diez Vampiros Supremos. Todos los vampiros se detuvieron a escasos centímetros de la bicicleta estática y se voltearon contra Volkswagen.

—¿Qué le has hecho a mis sirvientes?— se irritó el conde Volkswagen.

—Mi habilidad vampírica consiste en secretar un tipo especial de feromonas cuando sudo que hace que cualquiera que las perciba con su olfato se convierta en mi esclavo— explicó mientras seguía pedaleando y sudando en su bicicleta estática.

Mi nariz olfateó un olor especial que se estaba esparciendo por el aire y sentí la necesidad imperiosa de servir a Reindhal pero el conde Volkswagen lamíó mi rostro eliminando el control mental del décimo miembro de los Diez Vampiros Supremos.

—Qué habilidad vampírica más problemática— dijo Volkswagen cuando una nube de vampiros controlados por Reindhal se precipitó sobre él.

El conde Volkswagen neutralizó a todos sus criados en un alarde sin precedentes de fuerza y agilidad. Usaba ambos brazos y piernas para detener a decenas de vampiros al mismo tiempo que les lamía sus caras para liberarlos del control mental de Reindhal.

—¿Cómo es posible?— se quedó asombrado Reindhal.

—Mi habilidad vampírica consiste en segregar fluidos con mi lengua que la piel de mi víctima absorbe llegando hasta el cerebro para poder controlar así la mente de ese ser. Si la zona lamida está más cerca de la cabeza el efecto será más inmediato — explicó el conde Volkswagen después de poner a todos sus empleados en vereda de nuevo— Nuestras habilidades son tan parecidas que incluso me repugna— escupió en el suelo.

—No estoy muy orgulloso de mi habilidad— confesó Reindhal después de bajarse de la bicicleta estática.

—Te mereces un castigo por arruinar mi cena dominical— el conde Volkswagen se acercó a Reindhal con parsimonia.

—Si te acercas más caerás bajo mi control mental— le advirtió Reindhal.

—Tu habilidad solo funciona con seres cuya energía vampírica es inferior a la tuya pero mi energía vampírica es de setecientos ochenta y seis y la tuya si mal no recuerdo era de seiscientos sesenta y seis— el conde Volkswagen se puso en frente de Reindhal sin que la habilidad de este le hiciera ningún efecto.

—Si quieres una pelea limpia yo...— empezó a decir Reindhal pero una patada en la boca del estómago por parte de Volkswagen lo silenció y lo mandó a volar por los aires rompiendo el techo del salón. Tras llegar a una altura de unos cien metros descendió de nuevo haciendo otro agujero en el tejado y aterrizando sobre un montón de cascotes.

—La cena se me habrá enfriado— gruñó Volkswagen con amargura una vez que se hubo sentado delante de su plato— Un momento, aquí falta comida— me miró inquisitivamente el conde.

—Se habrá ido volando durante el transcurso de la pelea— contesté con los mofletes tan hinchados como los de un hámster.

—Es de mala educación hablar con la boca llena— me reprochó con amargura antes de llevarse un trozo de mí a la boca— A pesar de haberse enfriado está bastante delicioso— emitió el conde un juicio favorable sobre mi plato.

—No lo hagas, asesino. El veganismo no conlleva el sufrimiento de otros seres vivos— se arrastró Reindhal entre los escombros.

—¿Aún no estás muerto? He sido demasiado suave contigo por lo que veo. Aprovecha esta oportunidad que te ha dado el destino para huir de aquí— le aconsejó— Por cierto, mi querido William, detecto un sabor que nunca había probado antes en este plato— observó el conde con perspicacia.

—No me extraña. Es un alimento que nunca he visto en las despensas de esta mansión. He tenido que ir fuera a buscarlo. Mi espíritu emprendedor no tiene límites— me eché flores por mi espléndido trabajo.

—¿Qué clase de alimento es?— sintió curiosidad el conde Volkswagen.

—Una cabeza de ajo— al mismo tiempo que dije esto un rugir de tripas se manifestó en el estómago del conde Volkswagen.

—¿Dónde lo conseguiste?— me preguntó el conde con la cara descompuesta.

—Ha sido un ingrediente muy difícil de obtener. No estaba en los estantes de ninguna tienda convencional pero un tipo bastante extraño que estaba en la verdulería me ha llevado a un oscuro callejón y me la ha ofrecido. Era un vampiro bastante divertido, me preguntó a quién quería matar, a lo que le contesté que solo quería cocinarlo— me reí de tan chistoso recuerdo.

—¡Gilipooooooooollas!— gritó el conde Volkswagen mientras salía corriendo al lavabo.

Le seguí presa del desconcierto. No sabía lo que estaba ocurriendo en ese preciso instante. Cuando llegué al lavabo me encontré la puerta abierta. El conde no había tenido tiempo ni a cerrarla de lo apresurado que había llegado al retrete. Volkswagen, con la cara roja e hinchada como un tomate, lanzaba improperios mientras su ano emitía una flama tan ardiente que fundió la porcelana del inodoro. Esta se derritió en cuestión de segundos transformándose en una mezcla marrón y blanca de oloroso plasma.

Salí corriendo al comedor asustado por el bizarrismo de la escena. Todos los sirvientes estaban tan perdidos como un participante de Vampiros, Vampiras y viceversa en el Pasapalabra. El conde Volkswagen, descompuesto y deshidratado hizo su entrada en el comedor tambaleándose débilmente.

—William Waster, lo tenías todo planeado de antemano. Te has ido ganando mi confianza poco a poco con tus grandes dotes de actor para darme una puñalada trasera a traición— el conde Volkswagen más cabreado que nunca se acercó a mí con intenciones asesinas.

—Mi señor, le juro que yo, que yo...— las piernas me temblaban casi tanto como la lengua.

Cuando su puño se alzó sobre mí creía que estaba todo perdido pero una fuerza invisible hizo que detuviese su golpe a escasos centímetros de distancia de mi testa. Escuché un rugido proveniente del estómago del conde Volkswagen que iba in crescendo.

—Oh, oh— musitó el conde Volkswagen.

El trasero del conde Volkswagen liberó una flama que le elevó por los aires como si de un cohete se tratase. La progresión aérea del conde se vio detenida por el techo, en cuya estructura se quedó atorada su cabeza. Este se quedó colgando del tejado como si fuese un muñeco con los pantalones destruidos por el fuego y un chorro de sangre emanando de su ano que caía cual cascada sobre el salón.

—¿Alguien me ayuda a bajar al conde Volkswagen del tejado?— pedí voluntarios ante la mirada atónita de sus empleados.

—Matadlo— ordenó el ama de llaves.

—Si es por el sombrero, quiero que sepas...— me vi rodeado de una horda de vampiros antes de que pudiera explicar mi versión de los hechos.

—Bien hecho, William— Reindhal se interpuso entre mí y los criados de Volkswagen sometiendo a estos a su control mental— Es usted un actor excelente y un estratega de gran inteligencia. Me ha engañado incluso a mí. Por un momento llegué a pensar que estaba usted loco de remate pero su ardid para derrotar al conde Volkswagen ha sido sublime— me felicitó.

—Todo lo que has dicho es la verdad más absoluta— mentí como un bellaco.

—¿Aceptas la oferta de venirme conmigo a la ciudad que estoy creando en mi sector o te quedas aquí a esperar a que el conde despierte? — Reindhal me tendió una mano rasguñada por su anterior pelea con Volkswagen.

—Acepto— no tuve más remedio que hacerlo— pero antes hay un lugar que quiero visitar— puse una condición.

Unos minutos después en una ciénaga cubierta por una espesa neblina...

—La ciénaga de los desdichados. Se dice que aquí vienen las almas de los fantasmas que han muerto siendo un espíritu. ¿Por qué quieres visitar un lugar como este?— se extrañó Reindhal mientras inspeccionaba con su mirada aquel tétrico paisaje.

—Hay un amigo al que quiero visitar... ¿Eduardo estás ahí?— el eco de mi voz se escuchó por toda la ciénaga.

—¡NOOOOOOOOOOOO!

—Me parece haber escuchado ese tono de angustia que era tan característico en él... ¿podrías dejarme unas seis horas para conversar con mi amigo?— le pedí a Reindhal.

—Por supuesto— accedió.

—¡NOOOOOOOOOOOO!— la desesperación de la voz de Eduardo llegó a cotas inalcanzables para cualquier ser viviente.

Y así fue como acabó mi aventura en el castillo del conde Volkswagen.



*El incesante ciclo de muerte y reencarnación
El orden establecido dícese por los anales al menos un millón de años atrás
Su moméntum trasciende incluso aquello que nuestras vidas pueden apreciar
Se encuentra en todas las cosas, en todos los momentos
Incluso dentro de una efímera vida humana
Principio de acción y reacción, el pecado original de la Sociedad de almas
Su acechante sombra se aproxima a cada luna creciente
Y aquellos pretendientes nacidos de la suciedad bajo la carpeta
Se convertirán en gratos recuerdos y días felices
Cuando el niño que retornará al vientre de la madre haciéndola su reina
Desate su despecho sobre los impostores
Tal es el inevitable legado de Shivara Prima.*

- El Bibliotecario

CAPÍTULO 1: CHERRY FLAVOR MIDNIGHT

El resonar hueco de unos tacos al pisar, junto al quejido ahogado de una respiración agitada, llenaban el vacío sonoro que cada noche era el común denominador en las laberínticas calles del moderno Reiokyyu. Allí, una joven de liláceos cabellos como las hojas del Jacarandá, de buena altura, y que resultaba difícil precisar si era niña o mujer, buscaba desesperadamente a su maestro.

—¡Ichibee-sama! ¡Ichibee-sama! —gritó apenas hubo recuperado su aliento. El monje no parecía encontrarse dentro de su palacio por lo que recorrió cada corredor, cada habitación, incluso el dojo, pero no podía dar con él.

Sentir el impresionante reiatsu de Ichibe Hyosube no era una tarea sencilla, puesto que para la gran mayoría de las personas era indetectable, y más aún para una joven Quincy como Sirene Silverquill, a la cual el extremadamente concentrado reishi del palacio nublabá sus sentidos espirituales.

—En el jardín de la terraza, Sirene-kun. —Pudo oír dentro de su cabeza. Siempre se preguntaba como el monje lo hacía, pero nunca encontraba una respuesta. Era alguien antiguo y sabio, poder comunicarse directamente con el reiatsu era lo menos sorprendente que podía

ofrecer. Siempre se repetía a sí misma que era una habilidad de los Shinigami para satisfacer a su inquieta mente.

Ichibee Hyosube se encontraba arrodillado, cuasi meditando, en un jardín de estilo muy oriental que poseía en la torre más alta de su palacio en el Reiokyuu. Su despreocupado semblante, tan característico como siempre, entraba en contraste directo con el nervioso y alterado que traía la joven.

—A cada año no puedo evitar sorprenderme del color que ha tomado —mencionó sin darse vuelta a mirarla—. ¿Te gustaría estar en el Sereitei celebrando con las demás personas? Aún es muy pronto para ti, sería peligroso, aunque dudo que alguien allí abajo pueda ponerte en muchos aprietos.

—Ichibee-sama, la crisálida, otra vez... —respondió haciendo caso omiso a las palabras del monje. Su voz temblaba con preocupación, no esperaba un regaño, mas no podía evitar pensar que todo era culpa suya.

—Ya veo. —Ichibee giró sobre sí mismo pero sin ponerse de pie, donde Sirene esperaba una expresión severa, sólo encontró una cálida sonrisa levemente escondida detrás de una abundante barba—. Relájate, sabes bien que no es culpa tuya, sino mía. Me sorprende el tiempo, sólo transcurrió algo más de un mes desde la última vez; pero ya eso poco importa, habrá que poner manos a la obra nuevamente. Ella sólo asintió agachando su cabeza.

—Vamos, jarriba ese ánimo! eres demasiado bonita como para no andar sonriendo —dijo mirándola profundamente a los ojos, de forma directa pero a la vez perdida y distante, como si buscara algo dentro de sus pupilas con la decepción de no haber encontrado nada—. Puedes quedarte aquí hasta que regrese, disfruta el paisaje, ¿es sorprendentemente bonito, verdad? Su color combina muy bien con el de tu cabello.

Sirene observó en silencio al monje mientras se marchaba y posó su vista sobre aquél pálido cielo. Era medianoche, el sol hacía horas se había puesto sin embargo, y pese a la oscuridad en los ambientes, el cielo tenía el color de los cerezos. Se preguntaba cómo sería el ambiente este día abajo en el Sereitei, si bien era agradecida a Ichibee por todo lo que le había enseñado, en muchas ocasiones, a diario incluso durante algunas temporadas, no podía evitar sentirse tremendamente sola, algo que la atormentaba desde que tenía la capacidad de recordar. La gran mayoría de los Quincy habían evacuado el Warwelt antes del enfrentamiento con Yhwach y su Schutzzaffel, sin embargo, el monje, quien buscaba mantener bajo su control al futuro de esta raza, tomó como prisioneros a algunos niños de pura sangre que se resguardaban de los peligros de la contienda dentro del Silbern. Nadie, incluso los capitanes del Gotei 13 tuvieron conocimiento de este hecho, Ichibee Hyosube era la cabeza de los Shinigami, el pináculo de su civilización, no respondía ante nadie ni nadie poseía el poder para llevarle la contra, ni siquiera el Capitán Comandante o sus compañeros de la Guardia Real. La única voluntad que se imponía sobre él mismo, era una heredada, un legado, del distante pasado que aún al día de hoy seguía respetando y siguiendo sus órdenes, aún si aquellos quienes se lo habían ordenado habían vuelto al flujo del reishi varias decenas de milenios atrás.

De todos esos niños Quincy, quien destacaba y era su favorita, era Sirene Silverquill. Durante los once años que han pasado, ha crecido bajo su ala, ha aprendido todo de él, y era la encargada de vigilar la crisálida del Reio, quién también era su Rey antes de convertirse en la piedra fundacional que mantiene los diferentes planos de existencia unidos. Algunos de los otros niños fueron liberados por el monje y retornaron al mundo humano según recordaba Sirene, otros, en agradecimiento, continúan sirviendo en el Reiokyuu, protegiendo a su majestad, a quien luego de

tantos años bajo el tutelaje, y quizás lavado de cerebro de Ichibee, aceptan tanto como el Rey de los Quincy como el de los Shinigami.

Era el aniversario de la guerra de protección del Rey Espiritual. La fecha no era precisamente exacta, el primer cielo pálido apareció aproximadamente un mes después de la guerra; sin embargo, desde ese día, exactamente un año después y cada año, el cielo nocturno se ausentaba y en su lugar uno de color rosa pálido ponía su manto a la falsa noche. Desde entonces, la celebración que comenzó de manera casi pagana en el Rukongai como señal del Reio honrando el sacrificio de los caídos; tiempo después, se había extendido al mismo Sereitei y era tomado como el aniversario de la Guerra de Protección del Rey Espiritual y en los distintos distritos se celebraban de las maneras más diversas, incluso dentro de los distritos nobles. Para la mayoría era simplemente una forma de recordar a quienes ya no estaban, bebiendo sake a lo largo de la falsa noche, acusando que no podían dormir con un cielo tan claro.

La noche de los cerezos, o *Yonakazakura*, no era más que la consecuencia visible de las cien noches que Ichibee Hyosube había robado al futuro de la Sociedad de Almas en su intento de encarcelar a Yhwach, y para sorpresa de él, a diferencia de otras ocasiones en un ya difuso pretérito, en que había recurrido a un hechizo similar, en esta ocasión el tono del cielo se tornó rosado, lo cual sumado a que la guerra había ocurrido en primavera, terminó convirtiendo al inexplicable —para aquellos ignorantes de los reales sucesos— hecho de las noches claras en una celebración anual dentro del mundo de las almas.

Con pasos apenas audibles, Ichibee se adentró a la sala del trono, ya no flotaba como otrora, el nuevo Reiokyuu había sido construido sobre la base del Warwelt, y cada una de las cinco ciudades gobernadas por la División Cero ahora estaban conectadas pudiendo trasladarse a pie entre ellas. Los sirvientes del Reio tan sólo observaban en silencio.

—¿Acaso estás deseando escapar Yhwach? Deberías aceptar tu nueva posición, así como tu "padre" lo hizo en su momento. No hay escape posible para un hombre muerto. Sé que en algún remoto rincón del ánimo aún existes, quizás tan profundo en el abismo que la mayor parte de las veces no puedes percatarte de los hechos que te rodean, sin embargo elijo creer que sí eres consciente de lo que ocurre cada vez que la crisálida se resquebraja.—Su expresión era casi de desprecio, muy distinta a la apacible y cálida que mostraba a todo el mundo, entrelazaba en un mar de grises en la que resultaba imposible distinguir si era realmente severidad o desprecio, o simplemente puro sadismo.

—Tráiganmelo— ordenó sin agregar otra palabra.

—Como usted ordene, Manako Osho —exclamaron al unísono los hombres.

—¿Cuáles eran tus verdaderos planes Yhwach?— ahora en aquella sala sólo se hallaban ellos dos, el líder de la División Cero, y el caído Rey de los Quincy—. Por más que intente dilucidarlo, fallo en encontrar la respuesta; y aún a pesar de ello, sí soy capaz de precisar que dicha respuesta esconde la verdad de por qué la crisálida cada cierto tiempo empieza a romperse. No eras un ser completo a diferencia de quien te precedió. Creía que tu interés en Kurosaki Ichigo era producto de ello, sin embargo tú absorbiste sus poderes y ello mismo no te completó así probablemente no hayas tomado conciencia de ello en su momento. ¿Cuál era tu objetivo inicial? Simplemente no hay forma de que hayas estado buscando la forma de...

—Disculpe Manako Osho, aquí lo hemos traído.

—Bien, levanten las barreras —respondió interrumpiendo abruptamente su monólogo interno.

—Entendido.

A la par que algunos de los sirvientes levantaban barreras de Kido alrededor de la sala, otros dos, más corpulentos y aptos para el combate que para las artes demoníacas, traían sujetando cada uno de un lado, a un jovencito que no podía tener más edad que la que tenía Sirene.

—Ha pasado algún tiempo, pequeño Tibuth.

Consternado, el adolescente ni se percató de responder el saludo.

—¿Qué es lo que ocurre, Ichibee-sama? —Consternado, el adolescente ni se percató de responder el saludo—. Hasta hace un momento me encontraba dormido y cuando desperté me he visto de vuelta en el Reiokyuu siendo arrastrado por estos hombres.

—Tranquilo, no tienes nada de qué preocuparte. Yo les ordené que te trajeran.

—Aun así... —el joven, que parecía insatisfecho con las respuestas del monje, aún así se contenía de preguntar de más procurando no faltarle el respeto.

—¿Recuerdas lo que te mencioné el día que permití que te marcharas al mundo humano? —preguntó al joven instigando la respuesta con su mirada.

—S... sí. Que el pe... pecado de los Quincy era muy grande como para ser perdonado, y que nosotros, la s... siguiente generación, debíamos tomar responsabilidad por siempre. —Por más que intentara con todas sus fuerzas, al joven Tibuth le costaba disimular el temblor en su voz.

—Bien. ¿Y qué más? —preguntó el monje.

—Qué en caso de ser necesitado sería llamado al deber —recordó Tibuth.

—Muy bien, Tibuth-kun. Pues ese momento es ahora, te necesito; o mejor dicho, tu Rey te necesita, el Rey de los Quincy, y también el Rey de las almas.

—Entiendo, Ichibee-sama —asintió Tibuth.

—Relájate, ¿por qué estás tan nervioso? —inquirió Ichibee.

—Ahora que estoy frente a usted lo estoy menos, estos hombres me intimidan, además es la primera vez que veo a su Majestad en esa forma.

—Ohh, comprendo. Sí, puede ser shockeante a la primera vista —dijo observando de reojo al Reio— pero tienes que comprender que es la única manera en que él puede mantener a los mundos unidos, sin él, todos moriríamos. Es una gran responsabilidad.

—Lo sé, Ichibee-sama, ha de ser un gran honor para su Majestad expiar con sus pecados manteniendo todos los mundos a salvo.

—Buen chico. Siempre has sido más sabio que lo que tus años dejan mostrar, Tibuth. Créeme que no es poca cosa viniendo de un anciano como yo.

—Gracias Ichibee-sama —respondió con un tono de voz ya completamente calmo. La cálida sonrisa del monje lo hacían popular entre los niños, fueron criados por él y le tenían confianza plena, a pesar de ellos ser Quincy, y él, la cabeza de los shinigami.

—Ustedes, déjenos solos. Lo ponen nervioso, es sólo un niño, no debieron traerlo tan rudamente.

—Lo sentimos, Manako Osho —dijo disculpándose y, dando media vuelta tanto los escoltas de Tibuth como aquellos levantando la ya lista barrera, salieron del salón dejando en soledad a ambos junto al nuevo Reio.

—*Kuromeyo*, Ichimonji —Ichibee liberó su zampakutto, y aquél gran pincel de caligrafía que siempre cargaba en su espalda dejó lugar a un filo en la punta acoplado al mango que no presentaba cambios.

—¿Es su Zampakutto, Ichibee-sama?

—Así es, pequeño Tibuth. ¿Nunca te había mostrado su verdadera forma? —Tibuth negó en silencio.

—¿Cuál es su habilidad?

—Mmmmm —musitaba el monje queriendo divertir al joven con una exagerada mueca que demostraba su falso debate entre responderle o no—. ¡Mejor otra pregunta! ¿Conoces cuál era la habilidad de Yhwach?

—No.

—Déjame explicarte. Yhwach nació con la capacidad de dividir su alma. Él puede extraer un fragmento de su alma y entregarla a un tercero. A su muerte, ese fragmento regresa a su alma junto a los conocimientos y poderes de dicho tercero, volviéndose a unir con su alma original y volviéndolo más fuerte y sabio.

—Entiendo, su Majestad era un hombre increíble. Para un Quincy mundano como yo resulta difícil de imaginar cómo alguien puede ser tan poderoso.

—Sin dudas, Tibuth-kun; era un sujeto formidable. Su habilidad no se limitaba solamente eso, gracias a ella, creó a los Sternritter, formando el puente conector entre las partes exterior e interior del *hakusui*, el alma dormida, en un Quincy. Los Shinigami poseen el *saketsu*, y es ahí donde las *asauchi* creadas por Oetsu cumplen su función de crear el puente y manifestar el poder interno de un Shinigami. Sin embargo, los Quincy son ajenos al diseño y por ello no llevan la Cadena de Enlace en sus almas dormidas, y tan sólo en muy contadas ocasiones en la historia han podido manifestar su habilidad especial sin el catalizador que era la sangre de Yhwach, y aún así lo hacían de manera parcial, con capacidad limitada —explicó largamente Ichibee.

—Es lo que ocurre conmigo. Nunca he podido manifestar una habilidad como podían los Sternritter, a pesar de ser considerado un potencial candidato cuando creciera.

—Exactamente. Sigues siendo tan perspicaz como vivías aquí en el Reiokyuu. Has crecido bien. Por favor, no te llames a ti mismo un Quincy mundano, eres un joven con mucho potencial.

—Le agradezco sus nobles palabras, Ichibee-sama.

—El motivo por el que te cuento estos secretos, es porque considero necesario que lo sepas. Dichos fragmentos del alma de Yhwach, se encuentran dentro de cada individuo de tu raza, eso te incluye a ti, Tibuth-kun.

El adolescente observó con desconcierto a su antiguo mentor. La realidad de la naturaleza de los Quincy no era conocido por muchos dentro de la estirpe. Para un joven Etch como Tibuth, seguramente hubiera llegado el momento en que aquella verdad escurra por sus oídos, sin embargo, él había crecido en el Reiokyuu, rodeado de shinigamis y bajo el eufemismo que era la protección de Ichibee Hyosube.

—¿Entonces es así como funciona Auswahlen?

—Podría decirse que sí. Sin embargo Tibuth, no dejo de ser un shinigami. Los secretos más profundos detrás de la naturaleza de los Quincy, y particularmente el Auswahlen, no podría respondértelos. —Tibuth simplemente asintió en silencio, su mente ahora repleta de varios apasionantes interrogantes. Sentía algo de incertidumbre y algún escalofrío ante las verdades expuestas, pero a su vez infinito interés de conocer dichos secretos que ni el mismísimo "Monje que todo lo ve" podía responder.

—Sin embargo —dijo Ichibee sacando de su pequeño letargo mental al joven Tibuth—, estoy seguro que pronto lo comprenderás todo.

—¿Disculpe?

—Mi nombre —respondió Ichibee—. ¿Conoces mi nombre pequeño Tibuth?

—Ichibee-sama.

—Mi nombre completo, dilo —dijo soltando una fugaz risa.

—Hyosube Ichibee —respondió sin tener certeza por qué se lo preguntaba.

Apenas dichas palabras soltaron su boca, Tibuth pudo sentir como se debilitaba al punto en que flaqueaban sus piernas. Quiso pedir ayuda, pero tampoco le salían las palabras.

—¿Querías conocer el poder de mi Zampakutto, verdad? Éste es el poder de los nombres. Al mencionar mi nombre me has cedido parte de tu reiatsu, y con Ichimonji puedo manipularlo. Aunque tú no puedas verlo, se encuentra aquí delante de nosotros, tu reiatsu y el fragmento de alma de Yhwach que llevas dentro tuyo desde que naciste.

—*Shin'uchi*, Shirafude Ichimonji. —Tibuth que ahora se encontraba de rodillas y con las palmas de sus manos sobre el frío suelo, observó como el filo de aquella Zampakutto se volvía completamente blanco y emanaba un brillo era tanto incandescente como pálido, imposible de describir de forma correcta.

—Éste es mi bankai, Tibuth-kun. O, para ser preciso, lo que hoy en día llaman bankai. Con él puedo reescribir aquello que marqué con Ichimonji. En este caso, el fragmento del alma de Yhwach que posees. Dicho fragmento lleva un nombre, distinto en cada uno de ustedes. Escribiré dicho nombre en el reiatsu que me cediste anteriormente, y con ello tu alma completa será ahora parte del alma de Yhwach. ¿Comprendes lo que significa Tibuth?

Tibuth el-Kureem no pudo responder, no comprendía en absoluto las palabras ni las acciones del monje, o quizás sí, pero el pánico que le recorría desde sus extremidades hasta su misma espina, bloqueaba todo razonamiento lógico que pudiera tener.

—El día que los encontré en este mismo lugar mientras Yhwach dormía, debía haberlos matado. A todos ustedes, cortar de raíz el mal que son los Quincy, sin embargo los tomé bajo mi ala, les eduqué, y les dije que traían consigo un propósito. Hoy es el día que cumples con tu propósito Tibuth-kun, lo siento, y me apena, pero es tu maldición, por haber nacido un Quincy, así como mi maldición es la inmortalidad, y el velar por el diseño por toda una eternidad.

Con los ojos nublados producto de las lágrimas que se le acumulaban, Tibuth fue notando como perdía la sensibilidad, primero en sus manos y pies, y lentamente en todo el cuerpo, hasta lentamente ir perdiendo la consciencia.

La forma corpórea que alguna vez supo tener fue lentamente descomponiéndose en reishi, y su alma, que ahora era en su totalidad un fragmento del alma de Yhwach, fue regresando a su dueño, reparando así la crisálida que lo contenía.

—Tibuth-kun era un joven con talento, espero que esta vez la crisálida se mantenga intacta por muchos años. De otra forma tendré que sacrificar a Sirene, no quisiera llegar a eso, no aún al menos, su propósito mucho mayor.

Un ambiente pegajoso y un cielo cenizo no eran probablemente el escenario ideal para celebrar su cumpleaños, pero Kurosaki Ichigo no era una persona a que le importen demasiado esos detalles, a cada uno de sus cumpleaños desde que podía recordar, el marco era lluvioso; tampoco era muy afín a las celebraciones, sin embargo, Orihime como cada año le insistió en que debía celebrarlo junto a sus amigos.

Mientras se encontraba organizando las mesas de manera displicente, oyó el sonido del timbre de la Clínica Kurosaki.

—¿Podrías abrir, hermano? No puedo dejar la cocina ahora —dijo Yuzu alzando la voz fuera de su campo de visión.

—De acuerdo —respondió soltando un bufido—. Seguramente sea el estúpido de Ishida que siempre llega absurdamente temprano. Orihime le había dejado bien claro que debía venir sobre las seis y aún no son ni las cuatro.

Cuando abrió la puerta, a quien encontró no era Ishida Uryuu, ni tampoco alguien que conociera, era un extraño, de cabellos blancos y bastante pasado de edad como para ser un invitado a una reunión de veinteañeros; sin embargo, y a pesar de poseer un rostro completamente desconocido, era una persona que le transmitía un extrañísimo aire de familiaridad, como si se tratase de alguien que conoció toda su vida, o que quizás conoció de pequeño y le había olvidado.

—Disculpe, ¿viene por una emergencia? De no ser así estamos cerrados hoy.

—Oh no no, discúlpame tú por no presentarme. Mi nombre es Shiizu Hakumei, un viejo amigo de Kurosaki Isshin, he venido a visitarle, hace muchísimos años que no nos vemos, por lo que desconozco si él aún reside aquí, pero al ver que su nombre se lee en el letrero de la clínica, he asumido que sí y he tocado el timbre, no querría ser entrometido. ¿Se encontraría él?

—Nunca he oído de ti, sin embargo el viejo nunca habla mucho sobre sus amigos, creía que no tenía ninguno excepto por ese molesto sujeto —dijo pensando claramente en Kisuke Urahara.

—¿El viejo? ¿Tú eres su hijo? —preguntó algo sorprendido.

—Sí, Kurosaki Ichigo, encantado de conocerle —contestó tendiendo su mano.

—Vaya, disculpa mi sorpresa pero el color de tu cabello me dejó un momento desenchajado, sin embargo al observarte bien no quedan dudas que eres su hijo. El sentimiento es mutuo Ichigo. He oído mucho hablar de ti —estrechó su mano a la par de una tenue sonrisa.

El sentimiento de familiaridad que a primera vista le transmitió Hakumei, no hizo más que intensificarse al momento que juntaron sus manos. Era algo similar a lo que sentía al cruzar su Zampakutto con un enemigo, sin embargo, no podía percibir ningún poder espiritual de parte de este hombre, y a su vez nunca había experimentado algo similar mientras se encontraba en su cuerpo físico. Ichigo pensó que debía mantener un ojo en este hombre. ¿Un viejo amigo de su padre? Era extraño por sí mismo, sin embargo esa sensación lo era aún más.

—Lo siento pero yo nunca he escuchado hablar de ti.

—No te preocupes, soy muy viejo como para que alguien te haya aburrido con historias mías.

—Iré a buscar a mi padre. Ven pasa, la lluvia puede largarse nuevamente en cualquier momento.

—Gracias, aunque realmente estoy muy acostumbrado a la lluvia. Es mi más vieja compañera —dijo fabricando una mueca de despreocupación.

Sin tener del todo claro esas últimas palabras, Ichigo se adentró en su casa en busca de su padre, sea quien fuere Hakumei Shiizu lo sabría pronto, sea por boca del mismo o de su propio padre.

—Al fin te he conocido Ichigo, sin dudas tienes mucho en común con él —pensaba Hakumei mientras lo observaba de espaldas perderse detrás de una de las puertas que llevaban a la residencia. Allí, en el lobby de la clínica aguardó, siempre de pié, unos pocos minutos que le supieron a innumerables atardeceres hasta que al fin pudo ver a Isshin Kurosaki llegar a su encuentro.

—¡Pero por todos los dioses Isshin! Me alegra verte bien pero, ¿cuánto has envejecido en tan poco tiempo? Si no te conociera desde pequeño quizás no te reconocería —dijo exaltado Hakumei y con grandes dosis de sarcasmo, puesto que si uno de los dos era quien había envejecido más desde la última vez que se vieron, sin dudas ese era él.

—Ca... ¡Capitán! — Isshin no supo agregar más palabras ante tamaña sorpresa. Aquél hombre que había sido su mentor había sido dado por muerto por la Sociedad de Almas hacía ya más de 120 años.

Ichigo por detrás observaba la escena casi sigilosamente, tanto Isshin como Hakumei podían advertir que se encontraba allí, aún así no parecía preocuparle en absoluto a aquella particular visita.

—Dime Isshin, ¿por qué ya no te haces llamar Shiba?



CAPÍTULO 2: LANDING

Después de volar, el pájaro descansa.

Los párpados caían con la esperanza de que, al menos durante un bendito momento, les encontrara el sueño o la inconsciencia; lo primero que apartara la sensación de carcomido cuerpo atormentándolo. Como cada día, resultaba esfuerzo inútil. Tanto dentro de los muros como fuera, nadie dormía. No temporalmente. Caso de que llegara a olvidarlo, alaridos y maldiciones congregadas le recordarían que, cuando una voz ya no tenía la fuerza para mantenerlas prisioneras, el otro mundo estaría avisando su búsqueda de nuevos residentes. No en pocas ocasiones eran sus propios gritos los que le apartaban de la puerta, con reproche y desdén. Perros guardianes eran, y en él no veían amo alguno que reconocer.

Si estaba en Londres o el infierno no habría sabido la respuesta.

Odio las enfermerías, pensó con lo único que todavía no era presa del dolor. Le asaltó una urgente necesidad de hablar. Contar su opinión sobre la guerra librándose afuera, contar un chiste malo que alguien riera con tal de no ponerse a llorar. Pero si abría la boca temía gritar, más fuerte que nunca, lo suficiente para que el monstruo escuchara. ¿Y entonces qué? El final, supuso, pero también le aterraba.

Se tuvo que conformar con el silencio, sumado al del médico, quien poco hacía para rescatarle de las profundidades. Aquellas viejas manos que recorrían su doliente cuerpo eran las de un esqueleto, reanimado solamente con el deber de preservar la poca vida que recordaba. Eran lo único que le decía a John Narrowfield que, para alguien más, continuaba existiendo. Una suave caricia que dolía como un puñetazo.

—¿Siente alguna diferencia? —le preguntó el viejo doctor. Las guerras convertían su profesión en la más valiente, al ser testigo de los horrores que contaba y actuar en contra de ellos. Pero el exceso de valentía también llegaba a cansar y hastiar.

Está harto de encontrarse problemas que no puede solucionar, observó el paciente. Sus ojos, tímidos de la fuente de luz, inspeccionaron al viejo durante un instante. Le llevaba quizás treinta años más, pero descubrió que el anciano no era la persona encorvada que le miraba por encima.

—Igual que siempre — dijo Narrowfield finalmente tras un largo tiempo de incertidumbre. Si iba a morir que por lo menos oyeran lo que tenía para decir.

—El dolor no se va, nunca lo hace. —Una pausa, y luego miró abajo, en dirección a sus quietas piernas, caídos pilares—. No siento bien las piernas, y creo que mi brazo va por el mismo camino.

Las vendas que envolvían fuertemente su brazo derecho fueron cediendo poco a poco, pero el tango lento que bailaban las manos del médico que las removía, pronto ordenó detener abruptamente los pasos. Se le resquebrajó el rostro de piedra. Tenía en una mano la blanca piel de serpiente, manchada y apestosa; la otra cargaba su frágil corazón anciano.

—Dios mío —exclamó conteniendo el aliento.

Al aire libre, el endurecido bulto que se alimentaba de brazo y hombro del piloto John Narrowfield lucía peor que la repulsión. Si no supiera el doctor que lidiaba con un ser humano, sin duda creería estar ante una extraña mutación de carbón y piedra, que por mero azar había ido a parar al cuerpo de un hombre. Diminutos ríos azules se trazaban verticalmente por la reciente negrura de su piel, rodeando montes amarillos y morados, sangre y pus. Parecían flores podridas bajo la nieve.

—Dios mío —volvió a exclamar el doctor, despierto y con la vista fija en el horror.

Además del espanto, el piloto detectó repugnancia y preocupación. Compartía todas sus emociones, y le bastaban para confirmar sus peores temores. Definitivamente.

La seguridad que le ofrecía el cielo nunca le impidió librarse del todo de la visión de cosas horribles, que continuaban persiguiéndolo ahora que tenía las alas cortadas. No habría esperado nunca ver el horror instalado cómodamente en su cuerpo.

—Sospechaba que el color de la piel no mejoraba —confesó Narrowfield—, pero no me permitieron quitarme las vendas. —Dolía, era lo único que sabía. Su mirada, deseosa de posarse en cualquier otro lugar, desistió del auxilio a la extremidad compañera—. No esperaba tampoco que se estuviera extendiendo por el resto del brazo.

Las vendas eran para mis ojos.

—¿Quizás quedó un fragmento de bala sin extraer? —preguntó atrevido a la esperanza.

La esperanza suspiró. El avellana en su mirada chocó por primera vez con el marrón del piloto.

—No, temo que eso no es posible. Las radiografías que tomamos de su cuerpo no muestran ningún objeto externo todavía alojado. —Las aterradas manos del médico abandonaron la putrefacción que era el cuerpo de Narrowfield—. Aunque conservamos la bala que le retiramos del hombro. El proyectil es de la misma clase que extrajimos a otros heridos en su misma condición, también supervivientes de Normandía.

Más desgraciados que pensaron haber sobrevivido a lo peor.

—¿Qué se supone que son estas balas, doctor? Una vez me dispararon, pero nunca tuve estos síntomas, esta infección tan...

Guardó silencio, no deseando hablar más de cosas dolorosas. Tenían oídos y se enojaban. Volvió a distraerse con las manos viejas del médico. Fingían valentía para la nueva batalla, cargando más inútil piel de serpiente. *Mejor que nada*, pero no era el médico quien despertaba a altas horas de la noche entre quejidos y lamentos, pensando que eran de otros. *Pronto habrá menos*, predijo Narrowfield con una mirada alrededor. *Vendas por doquier, como momias.*

Normandía fue un escenario cruel como no los hubo desde el comienzo de la guerra. Cuántas bajas habían sufrido los Aliados no lo sabía exactamente, pero si en aquel momento se los hubiese comparado con la población total de un país como San Marino, los mapas tendrían hoy su primer país fantasma.

—¿Tiene usted conocimientos de magia, señor Narrowfield?

La pregunta del médico lo descolocó durante un breve instante hasta que notó el brillo de suspicacia en sus ojos viejos. Dijera lo que dijera, el anciano sabría llevar la razón. Un hombre que no puede ser engañado, pues ve la verdad todos los días. Narrowfield no tenía opción más que darle lo que pedía. Se preparó.

—Tengo algunos conocimientos, pero no soy ningún experto. Cuando me dispararon pude crearme un vendaje provisional utilizando magia de aire y la tela de mi uniforme. Ya ve con qué resultado.

Le había tomado además numerosos intentos, tratando de mantener la consciencia a medida que el aire rehuía de sus pulmones. Fue el miedo sin embargo lo que más necesitó. Tanto que había sobrado, y ahora le perseguía hasta la cama en la que postraba.

—Creía que no enseñaban magia a los pilotos.

No lo sabe.

—Y así es. Formé parte del único escuadrón al que entrenaron. Yo y otro piloto llamado Cooper que murió en Normandía éramos los últimos.

Cooper, quien murió cuando el monstruo apodado el Gigante Rojo le arrojó un tanque que había destruido con sus propias manos.

Cuando la magia se volvió un fenómeno más común, el área bélica continuó siendo su única aplicación. La juventud en la industria que todavía mantiene devino en una era de ensayo y error, en la que hasta la menor imperfección podía desestabilizar una operación y una batalla. Uno de los mayores errores, del que los Aliados aún no sabían recuperarse, ocurrió tres años atrás, cuando los conocimientos en aplicación mágica se impartían indiscriminadamente entre los sectores del ejército Aliado, a raíz del temor por los nazis y su aplicación más eficiente. A ellos se debía la aparición del fenómeno en el mundo. Sin tiempo de recuperarse del asombro, la guerra no tardó en acompañar el descubrimiento.

Polonia, Holanda y Francia se convirtieron en las primeras naciones en caer, abrumadas no solo por el poderío sobrenatural, sino tecnológico y armamentístico también. Es conocimiento general que, para las Fuerzas del Eje, la magia es poco más que un plus adicional. Filosofía que no habría venido mal en aplicar el ejército Aliado cuando la URSS decidió compartir su información tras la invasión germana a sus tierras. Magia y guerra fueron sinónimos. Se enseñaron las viejas estrategias conocidas, se crearon nuevas; reclutas de toda raza, edad y nación aprendieron simultáneamente a apretar un gatillo y modificar el tamaño de sus trincheras en cuestión de segundos.

A ello los llevó la desesperación, pelear con dos cartas sobre la mesa. Ninguno consiguiendo las victorias decisivas.

Y en la partida, no hubo peores jugadores que los pilotos.

Controlar apropiadamente un vehículo de combate supone una enorme carga de estrés y concentración, la que al dividirse entre la utilización de magia reduce la eficiencia en ambas partes. Con la magia elemental resulta especialmente peligroso. En orden de ganarse el favor del viento por ejemplo, se debe prestar el propio aire que reside en los pulmones. Para remediar el problema, las parejas en un mismo avión fueron implementadas, un conductor y un mago, pero para entonces el daño ya estaba hecho, y no se tardó en desistir de la idea cuando se perdió la cuenta de cuántos pilotos perecieron a la asfixia.

—Entonces era algo muy común, —*ahora solo lo recuerdo yo*—. ¿Por qué la pregunta?

—Porque tenemos dos clases de heridos: los que saben magia y los que no. Únicamente a los primeros se les diagnosticaron los mismos síntomas que tiene usted, siendo la necrosis el principal. Déjeme explicarle —dijo, tras interpretar el silencio de Narrowfield como prueba de su desentendimiento—. Estas balas están diseñadas para los magos. Existe algo en ellas que, al impactar en el cuerpo, impide al mago ejercer su magia.

Más duradero fue el segundo silencio. Mortificante, pero no por sí mismo. John Narrowfield era tres cosas, piloto, hombre y mago. En ese orden, y de la tercera podía prescindir.

El horror era por los otros, por los que no tenían la opción de librarse de la palabra, y lo que ello significaba en el porvenir de las batallas. A ojos del Eje, las Fuerzas Aliadas no debieron poner nunca las manos sobre la magia, posible únicamente por interferencia soviética. ¿Qué era esto además de un castigo ejemplar? Si no se puede recuperar lo robado se impedirá su uso. Demasiada competencia tenía ya Alemania con la URSS.

—Aunque esto no es algo completamente certero —buscó tranquilizarle el doctor—. Hay otros factores a considerar que pueden salvaguardar la posición del mago en el ejército. Los dos más importantes creemos que son la zona del impacto de la bala y el tiempo que permanezca alojada en el organismo —decía mientras terminaba de colocar las vendas sobre el brazo. El mero roce lastimaba como si estuviera hecha de agujas. Narrowfield ahogó varios gritos.

—Su caso es preocupante, pero no el peor. Consideramos que todavía se puede hacer algo para salvar su magia y su vida; de momento será mejor que no la utilice hasta nuevo aviso—. El médico abandonó su asiento y estuvo a punto de cambiar de batalla cuando recordó su profesión—. Si el dolor empeora no dude en avisarnos, le suministraremos una dosis mayor de calmantes, pero intente limitarse a descansar.

Ni el sueño ni sus calmantes hicieron nada para aliviarme. Narrowfield estuvo a escasos segundos de comentar, tentado por la necesidad de luchar contra algo o alguien. Lo dejó pasar al final, cansado para todo.

Lo que no fue capaz de olvidar fue la sangre y su llamado. Lo mínimo que podía hacer después del fracaso.

—Doctor —llamó—, me gustaría que escribiera unas palabras por mí.

Sin saber cómo, Narrowfield supo que al fin el sueño acudió en su auxilio. No tardó en descubrir que eran malas noticias.

Soñó cosas horribles, cosas espantosas que incluso en la imaginación es difícil concebir. Al principio fue prisionero de la oscuridad, tan vasta que creyó que dormiría por siempre después de todo. Fue ver la primera luz la que le convenció de lo contrario. La recordó, lastimosamente vivo para verla. El infernal fuego que no lo reclamó durante el estrepitoso desastre en la playa estaba ahí otra vez. Cada llamarada una burla. Mucho más grandes también, por lo que reía más fuerte.

Narrowfield sabía que si acercaba la mano se quemaría, y, si es que despertaba alguna vez, encontraría nuevamente cenizas reposando en su brazo.

El otro, prometía el fuego.

Debía evitarlo así soñara por siempre el mismo encuentro. En algún lugar debía pelear, buscaba hacerse oír su alma vestida de soldado.

El primero de sus pasos corrió lo que quedaba de la cortina del telón. De nuevo en la playa, el piloto vio a ruina y muerte como las invitadas de honor, y junto a ellas, una fila de mutilados colores. Fueron humanos una vez. Ahora no parecían nada con forma. Azul por un lado, verde al otro, y también la pálida arena asomándose tímidamente en un rincón; más atrás estaba el negro, receloso hermano mayor que lo perforaba con invisible odio y ojos sin brillo. Narrowfield se dio la vuelta para comprobar que había más muertos detrás, esperándolo.

Entre ellos estaba el peor que viera alguna vez.

Reducido a una pila de acero fundido, todavía podía encontrarle algunos retazos supervivientes de sus rasgos más característicos. Los mismos que había aprendido a querer con el tiempo. Seguía ahí la abolladura tras el forzoso aterrizaje, y a un lado las marcas de balas que contaban una historia de admirable retorno de las orillas del infierno. Un incompleto camino de vidrio yacía en el suelo de arena sucia, partido en irregulares trozos. Recordó que una vez fueron parte de una ventana por la que veía a las nubes hacerse a un lado.

La tristeza se adueñó de sus sentidos en la realidad, y ahora también en los sueños. Resultaba peor ahora, ya que no sabía por cuánto tiempo tendría que apreciar el definitivo trabajo de la muerte.

—Lo siento —se oyó decirle suplicante y salado por las lágrimas. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que una lágrima le resbalara por la mejilla? No lo sabría responder, pero en nada le suponía un alivio.

Así se mantuvo por largo tiempo, tanto como una fabricación mental lo permitiera. Perdiendo, llorando y retirando despojos y cenizas del mutilado cuerpo de su avión. Su compañero, el único que había conservado la vida tras obtener su certificación como piloto, quizás la última cosa de valor que conservaba.

—De qué sirve ahora. Ni el entusiasmo me queda ya.

Ante John Narrowfield su hogar, en ruinas ahora.

—Y yo lo abandoné. —Recordaba aún el meseo del paracaídas sobre sus hombros, lentamente cayendo al desagradable suelo.

Vio la marca. Con gracia le sonreía la firma del golpe que le dio muerte. Firma de monstruo.

Cada día, viejo y nuevo por igual, oía charlas sobre la criatura de la playa, con una insistencia y horror casi palpable. Aunque menor ya el número de escépticos, Narrowfield creía no haber vuelto a encontrarse con ninguno cuando abundaban. Para los de su mismo grupo, el deseo por ver muerto al gigante crecía con cada noticia de un compañero que ya no estaría. Pero ni toda la venganza acumulada en sus heridas mentes ofrecía una solución al problema. En su momento él fue igual a tantos otros, creyéndose el destinado. Normandía le cortarían las alas.

En lo que a magia refiere, el gigante reside en el escalón superior, solamente acompañado por su propia especie, terrible arma a manos del Eje y los soviéticos. Coloquialmente son conocidos como Servants, recordaba de las explicaciones en clases de magia, y son espíritus heroicos traídos de otro plano existencial para obedecer mandatos. Héroe de otros tiempos, como Napoleón o Alejandro Magno.

Vueltos a la vida para matar otra vez. Tan solo deseaba que no fuesen gigantes también.

Así mismo, un Servant responde a una única voluntad. Master es el título que designa a cualesquiera sean los capaces de imponérsela. Una enorme destreza mágica es requerida para ello. *Pero los Masters son seres humanos, y en Normandía uno solo casi nos mata a todos.*

Sin embargo, para bien o para mal, solamente puede haber siete de ellos, ya que es el número permitido de Servants en el plano real. No pocos objetaban que seguía siendo un número demasiado grande para seres de tan tremendo potencial. Narrowfield era de los que compartía la opinión.

—Pueden estar jodidamente seguros que va a ser un caos cuando dos o más Servants se junten en un solo lugar —dijera el instructor hace tanto tiempo ya—, porque va a pasar.

Lo que olvidó decir, vio el piloto en el horizonte, era que uno solo hacía el trabajo de los demás en cuanto a destrucción refería. Una niebla rojiza emergió, traída por las asesinas intenciones de la playa. De allí salió el gigante Servant pelirrojo, con la sangre fresca aún empapándole la larga melena. Llevaba el hacha en su mano, tan mortífera, tan larga como la distancia entre dos alas de avión.

Narrowfield dio un paso atrás, y luego otro. Juraría que la distancia entre ellos era la misma, como si su propio sueño temiera hacer lo que no deseaba el monstruo. Sonrió este, como habría hecho con Cooper antes de arrastrarlo a una tumba de acero hirviendo. Lo más pequeño en el cuerpo de la criatura fue lo que más aterró al piloto.

Hubo un grito, no supo si suyo o del Servant, pero notó que al fin los pies hicieron caso. Los mudos árboles alrededor fueron desapareciendo a medida que su cuerpo emprendía la huida. Volvía a alejarse del esqueleto de su avión, pero si se volteaba sabría que era el fin. Y no quería presentarse ante los que le importaban en el estado que lo dejaría el gigante si lo atrapaba.

Corrió rápido, corrió lejos, y pronto dejó de ver cosas. Todavía sentía los ojos abiertos, pero no había nada para observar. Una negra oscuridad se había estrellado, expandiéndose. Fue entonces cuando se sintió caer. Rápido y profundo. Una sombra apareció. La conocía. Vestida con la noche alrededor, el rostro de luna y otra sonrisa. Materializó un brazo aferrándose a algo gris. A continuación se produjo un trueno, y el hombro de Narrowfield gritó de dolor cuando la oscuridad le mordió.

—¡No! —gritó el piloto a nadie en particular, quien pudiese o quisiera socorrerlo—. No quiero morir aquí.

La sombra desapareció, pero quien contestaba era el mar. No podía verlo, aunque lo escuchaba. Estaba agitado y furioso como la última vez, de nuevo manchado. Le recriminaba una pérdida, supo. ¿Pero cuál? Amó dos cosas más que nada en el mundo: avión y esposa. No conservaba ninguna de las dos, y era al primero a quien más necesitaba ahora.

—Ellen... perdóname...

—Los muertos no perdonan —dijo la voz. Otro conocido. El jinete y su caballo—. Tú todavía puedes hacerlo pero, ¿por cuánto tiempo?

—No quiero morir. —Mismas palabras que le había dicho en la playa, cuando lo encontró moribundo—. No así... no aquí... por favor...

—Morir es morir, no importa cómo ni dónde.

—Me salvaste una vez, —exigió Narrowfield con una mueca. Dolía cuando fingía fuerza. *Es la bala. La bala*—. ¡Por favor!

Hubo más silencio y un par de ojos severos. Respuestas que el piloto no quería. El jinete sin embargo al final habló, y poco hizo para reparar al hombre destruido. Escupió cada una de sus palabras.

—Sí, eso es lo que hice. Te salvé. Pensaba que valías la pena.

Se marchó entonces, y cuando fue lo último que se tragó la oscuridad, John Narrowfield quedó solo una vez más. Estrellado y a la deriva.

ASIMBOLIA

La asimetría de los anaqueles construye la jaula del pájaro. En el centro de la circunferencia, la escultura es mecida por la brisa imaginaria y el mármol cede su materia al movimiento. Perdido en los ángulos rectos de la tabla del banquetete, él se ha desglosado en dos. Dos rostros (el mío y el suyo) de una infamia compartida al pie de la figura. Me sugirió mi huésped, mientras masticábamos los órganos de la yegua, que James Joyce se había propuesto en su arduo *Ulysses*, narrar en el día singular de Bloom (quien al igual que él, era hebreo), los pesares de todos los días de Odiseo. Así, el daguerrotipo de la memoria de Dublín, el ineludible adulterio de Molly o el pathos nostálgico de Leopold legitimarían la resignificación de los arquetipos esculpidos en el sueño. Solo es inteligible la sombra. Quizá por esto su lectura le parecía un vano ejercicio. Él argüía, derrotado, que las plumas del hombre de Diógenes fueron robadas del viperino cadáver de Gucumatz y que, el río donde se ahogó Li Bai, fue también el descrito por Heráclito de Éfeso. Abraham advertía que la Filosofía siempre es el palimpsesto de la memoria de los hombres, y que solo era lícito debatir sobre la necesidad de Ser o No-Ser. Cualquier otra discusión le importunaba. Me hizo reparar, además, en la circunstancia de que la mesa donde cenábamos supo ser el tablero en el que guerreaban los ídolos blancos con los negros. Cansado del sinsentido de las repeticiones y del vacío último de los escaques, legó el fuego de la chimenea para las veintiocho piezas. Mantuvo vivas solo cuatro. Me habló luego de la fascinación de la niña por los caballos. A pesar del riguroso ascetismo del artista, Abraham amaba a su hija. Solía discurrir con ella en superfluos diálogos del embarazo de los hipocampos machos y la contradicción de las cebras.

Cuando bajé el domingo –herética catábasis, él ya le había solicitado el extenso volumen de una enciclopedia de la familia de los équidos. ¿Las paradojas? La primera; ella fue el recuerdo que fraguó el hebreo de su esposa, como el falaz Corán dijo recordar al libro que antecedió a Alá o como el verdadero Golem al hombre. Cuando crucé por la puerta del cuarto, contemplé, entre los borrones luminosos de los faroles, la rubia crin y el inconcebible rapto. Piernas. Vientre. Colgaban de la lámpara de araña, siluetas multiformes de un sinfín de caballos reales y soñados. Allí estaban el musulmán Bereber –el de belfo indefinido- en negro; el ecuestre Gotland en verde; el centauro Mongol en naranja; pero también los sangrientos Arión y Pegaso; el púrpura Bucéfalo del bicorne Alejandro, el octógono Sleipnir en gris, y tantos otros que la pobre enumeración volvería solo contigüidad. Se disponían en orden capicúa, fungiendo ella como el eje de esta feral simetría. La juzgué ausente. Para que la dádiva fuese perfecta, para que mi carne fuese su carne y la carne de sus hermanos, mi sed exigía su resignación. La segunda; mi huésped me había dado el puñal. El otro Abraham, en Moriah, me opuso mayor resistencia.



¡GRACIAS POR LEERNOS!

El proyecto "*Monthly NU Jump*" tiene como objetivo principal reunir aquellas historias que los usuarios deseen compartir con los lectores agrupadas en un sólo sitio

¿TE GUSTARÍA PARTICIPAR?

Todos aquellos escritores que tengan intenciones de comprometerse a brindar una historia en los plazos establecidos para las publicaciones, podéis hacerlo, ¡visitad el hilo de la Monthly NU Jump en nuestro subforo de [Fanfics](#) para más información!

¡SÉ TAMBIÉN PROTAGONISTA EN LA NUVIÑETA!

¿Tienes un guión gracioso que te gustaría que fuese publicado a modo de NUviñeta? ¡Anímate! Pásate por nuestro subforo de [Diseño Gráfico Y Multimedia](#) para más información.